

DON PORFIRIO SOCIALISTA ?

Eduardo Luis Feher



DON PORFIRIO SOCIALISTA?

EDUARDO LUIS FEHER

DON PORFIRIO SOCIALISTA?



Universidad Nacional Autónoma de México

Facultad de Derecho



Don Porfirio socialista?

Eduardo Luis Feher

Facultad de Derecho

Ilustraciones en orden temático por:

Georgius Rosano, Zabaleta y Raymundo González.

Primera edición: 5 de agosto de 2010

© D.R. Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D.F.

FACULTAD DE DERECHO

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización
escrita de su legítimo titular de derechos

ISBN: 978-607-02-1392-2

Impreso y hecho en México

*A la memoria de Shari,
desde luego...*

HISTORIA: Relato casi siempre falso, de hechos casi siempre nimios producidos por gobernantes casi siempre pillos o por militares casi siempre necios...

AMBROSE BIERCE, *Diccionario del Diablo*

ÍNDICE

Presentación, 13

Introducción, 15

Prólogo, 17

El virrey que dijo ¡no!, 21

Un dictador en manga, 39

Don Porfirio socialista?, 63

Obras consultadas, 85

PRESENTACIÓN

Don Porfirio socialista? fue acaso eso posible, cómo es qué ocurrió. El título provoca y despierta nuestra inquietud, nos llama a reconsiderar nuestro pasado, a desmitificarlo, a emplear la ironía para descubrir en él peculiaridades poco conocidas. Esta obra que el lector tienen en sus manos se debe al talento literario y documentación histórica de Eduardo Feher, quien entre bromas y veras nos narra las andanzas de personajes muy singulares que figuraron en nuestro pasado, y que participaron en momentos importantes para la formación del Estado Mexicano.

El autor nos invita a repensar las maniqueas distinciones entre héroes y villanos, los buenos y los malos, los que nunca se equivocaron, los que fueron corruptos, los verdugos y las víctimas. Como reza la cita de Ambroise Bierce: ‘Relato casi siempre falso, de hechos casi siempre nimios producidos por gobernantes casi siempre pillos o por militares casi siempre necios...’. Su trama se desarrolla de Saint Simon a Fray Servando Teresa de Mier, o lo que es decir, de la Europa de las disputas filosóficas y los movimientos obreros, de la tierra de los anhelos de monarquías absolutas que fueron derrotadas, a países en tránsito de formarse como incipientes repúblicas. De Europa a la Nueva España, América, la tierra de las fortunas fugaces de los conquistadores, tierra de comerciantes enriquecidos, de perseguidos por la ‘Santa inquisición’, tierra fértil para positivistas y socialistas. Tránsito oscurecido en la historia, en la que sólo los hechos importantes se nos cuentan, y que sin embargo, lo que en apariencia es nimio, se olvida; y es precisamente a partir de lo nimio (con sus acepciones contrarias), que la pluma de Eduardo Feher recupera para fortuna de todos los lectores dos historias más, engarzadas de modo tal que forman una bella trilogía para aprender y disfrutar.

Y si el siglo XVIII nos muestra la intimidad de sus personajes, el siglo XIX, pleno de hechos trágicos y algunas acertadas decisiones, es el tiempo en el que se desarrolla la segunda historia, en la que el autor destaca entre una ingente cantidad

de políticos, liberales, conservadores y constituyentes, a dos figuras con ideas distintas respecto de cómo organizar a la sociedad. El primero de ellos, un soñador, un hombre dotado de buenas intenciones, socialista utópico y fundador de New Lanark, el filántropo hilandero Robert Owen; y por otra parte, a Santa Anna, el ‘dictador en manga’; jugador y dictador por vicio, a quien la fortuna le hizo hasta el ingrato favor de abandonarlo, un héroe de su tiempo que se soñó emperador y se conformó con ser su alteza serenísima, suma de contrariedades al igual que nuestro país, y también como éste, hombre de ensayos y errores. Caminos que aunque distantes, dejarían sembrada la simiente del socialismo, la cual dará sus frutos en el tercer relato.

Uno de los protagonistas principales del último relato, aunque a más de uno sorprenda, es el héroe y dictador Porfirio Díaz; el mismo que logró la paz después de más de cincuenta años de asonadas, levantamientos y guerras, el antirreleccionista cuando joven, y presidente perpetuo por necesidad y aclamación del grupo de seguidores y beneficiados que se asumieron como ‘el pueblo mexicano’. Con el fino humor que caracteriza la obra, su autor traza una semblanza biográfica de un dictador que en Topolobampo autorizó en 1886 a Alberto Kimsey Owen, heredero intelectual y del socialismo de los Owen, la construcción de la metrópoli socialista de occidente o Ciudad de la Paz, mejor conocida como Nueva Armonía. Las hazañas y fracaso de esta colonia socialista que se fundó en plena incursión de nuestro país al capitalismo, quedarán bellamente guardadas en la memoria del lector.

Es sin duda *Don Porfirio socialista?* no sólo la narración de tres curiosas visitas, sino, una bella muestra del carácter humanista de Eduardo Feher, quien al estilo clásico de nuestros queridos maestros de la Facultad de Derecho, hace suya la pluma no sólo en el ámbito de la ciencia del derecho, sino incursiona y con gran calidad en la historia y la literatura. Enhorabuena para su autor, con la plena seguridad de que esta obra recibirá las más altas consideraciones de parte del mejor juez, el lector.

Ruperto Patiño Manffer
Facultad de Derecho, Agosto 2010

INTRODUCCIÓN

¿Qué vino a proponer el iluminado y misterioso Conde de Saint-Simon en el siglo XVIII?

¿Convencieron a Santa Anna los argumentos del socialista utópico Robert Owen en su visita a México?

¿Cómo funcionó la primera colonia socialista en México en el siglo XIX y el papel de Porfirio Díaz en su autorización?

Lo que ahora constituye nuestra República Mexicana recibió en muy diversas épocas todo tipo de visitantes con las más variadas intenciones. Hay; sin embargo, tres muy curiosas visitas que pretendemos relatar...

...Primero escribo una carta de elogios al
autor que me manda su libro, luego leo su
libro e intento justificar mi carta...

JULES RENARD (1864-1910)

El virrey que dijo que ¡no!

Para triunfar en el mundo es preciso
parecer muy loco o muy inteligente.

MONTESQUIEU

...el que no tiene capa lo mismo el rey
como el papa...

DICHO POPULAR DURANTE EL VIRREINATO

Enfermo, a la vista brumosa del puerto de Cádiz, Don Martín de Mayorga quien fuera virrey de la Nueva España y presidente de la Real Audiencia de Guatemala, repasaba en su mente por instantes lúcida lo que había sido su vida.

Quien la hacía de médico a bordo, secaba preocupado las gruesas gotas de sudor que inundaban la cara de tan ilustre caballero. Cerca del lecho unos religiosos agustinos trataban de encender gruesas veladoras que el vaivén y el aire frío que por momentos se colaba en el camarote impedían hacerlo con el cuidado puesto en ello.

Los ruidos de las amarras, los rechinidos del maderamen del barco, el golpeteo de las olas, los murmullos de los agustinos y los quejidos de Don Martín daban a la escena un dejo de tristeza y melancolía muy aparentes.

El moribundo señor recordaba aquella ocasión en que por vez primera pisaba tierras mexicanas. Era el año de 1779, en el mes de agosto; sí lo tenía muy claro. El paisaje le había dejado una vívida impresión; la rica geografía mexicana era tan sólo un sueño perdido en la neblina de los tiempos... tan nebuloso como la atmósfera con la que lo recibían las costas españolas -gaditanas- de regreso a casa.

Tenía muy presente aquel día y aquella carta. Se encontraba despachando en su carácter de presidente de la Real Audiencia de Guatemala cuando le entregaron el sobre en el que el rey le encargaba el complejo gobierno de la Nueva España. Ello consideró lógico: hacía poco que las noticias de ese virreinato del norte señalaban la muerte del Virrey Bucareli, personaje influyente en la Corte y con una magnífica labor realizada al frente de sus funciones, reconocida por tirios y troyanos. También le habían llegado chismes y rumores de los deseos de los intrigantes Gálvez para quedarse con el poder e impedirle su acceso como primera autoridad. A pesar de su modestia, su carácter y energía triunfaron y, aunque quería renunciar, su patriotismo se lo impedía. La guerra entre Inglaterra y España estaba declarada

aún antes de que él tomara posesión en aquel agosto de 1779. Carlos II había dispuesto que por lo pronto y mientras durase aquel estado de guerra continuara en su puesto. Ni modo, *Casus belli*...

Don Martín recordaba con claridad aquella mañana en que estaba revisando unos viejos legajos que había encontrado en el sótano enmohecido de su oficina y que le habían causado sorpresa, desasosiego y risa:

1550-1552 (11 de noviembre-22 de febrero).-Proceso formado al doctor Pedro de la Torre, natural de Logroño, hijo de Lope de Vergara, por haber afirmado que Dios y naturaleza eran una misma cosa, así como por otras proposiciones irreverentes y blasfemas. Igualmente se le acusó por bigamo, por curar por superstición, por nigromancia y haber jugado a su india Manuela a los naipes. Juez: el bachiller Juan de Velasco; escribano: Bías de Morales.

1560-1561 (23 de septiembre-9 de noviembre).-Proceso seguido en Antequera a Mateo de Monjaraz, por afirmar escandalosamente que el tener trato carnal con indias solteras no es pecado. Los teólogos Fray Andrés de Santa Catarina y Fray Jerónimo de Tejada recomiendan se ponga gran empeño en eliminar de los entendimientos de la gente común esa proposición.

1563.-Proceso contra Cristóbal de Herrera por afirmar que en el infierno hay ánimas sin pena. Durante el proceso se trae a cuenta otro proceso que se le formó el año anterior por vivir amancebado con dos indias y decir que no era pecado engañar a los indios al comprarles o venderles. Efectuase en la villa del Espíritu Santo en Coatzacoalcos, llevado ante el señor Juan Muñoz, vicario de la provincia de Chinantla. Fiscal: Francisco López de Utiel; juez Fray Bernardo de Alburquerque; notario Gutiérrez de Paz. En el primer proceso se le condenó a doscientos pesos de oro de minas, en el segundo a veinte pesos de oro comunes más las costas y salarios.

1563.-Proceso contra Juan de Bilbao, vecino del Puerto de Huatulco, por ordenar a su criada negra quemar un crucifijo viejo. Condenado a pagar diez pesos de oro común y oír una misa descalzo, sin bonete y con una candela, Juez: Cristóbal de Trujillo; notario: Alvaro de Lemus; fiscal: Martín de Alfaro.

La lectura de lo anterior le había producido un arqueamiento de las cejas, una temblorina en las rodillas y fuertes sudores en el cuello y manos. Lo más sorprendente es que una de sus sirvientas se llamaba, curiosamente, Manuela... y él era muy aficionado a las cartas.

Pidió a Manuela le trajera su medicina y, ni pronto ni perezoso apuró con desesperación el contenido de la botella sin reparar en su contenido que no estaba tan mal del todo.

-¡Manuela, Manuela! -gritó. ¿Qué me has dado? Esto no es mi medicina.

- Ay señor, su “eselencia” pos no sé ler.
- ¿Qué no conoces las botellas, mujer?
- Pos todas son del mismo color.
- Me diste el vino de navidades.
- Le va a hacer bien, le va a hacer bien “eselencia”.
- ¡Fuera de aquí, truhana!

Acto seguido el virrey tomó otros amarillentos y desencuadrados papeles que olían a ratón muerto y polilla. Se referían a un antecesor suyo, Don Juan de Leyva y de la Cerda de quien habían conjeturado que le gustaba cargarle la mano a sus gobernados con bastante fuerza en materia de tributos, restricciones, ordenanzas, multas e impuestos para llenar las ¿sus? reales arcas. “El conde de Baños hilaba mil trazas estupendas con sutil habilidad; infinitos ardides eran los que sacaba para substraerle el dinero a la gente de México, que quedaba turulata viendo las gentiles mañas de Su Excelencia para meterle delicadamente las manos en los bolsillos.”

“Ya con cansancio estaba la ciudad de esta inicua explotación que no iba sino a mejorar la hacienda de los virreyes y que a los perdularios de sus hijos, don Pedro y don Luis, les aumentaba la tumultosa alegría de sus jaranas, la delicia loca de las parrandas en que sus vidas levantiscas y pérfidas se recostaban complacidas. Ellos, para sostener el férvido alboroto de sus vicios, negociaban, asquerosamente, con todos los arbitrios del gobierno. Por su ilícita intervención se alcanzaba todo aquello que se quería con tal de que hubiese de por medio buena paga.

Como ya no había dócil paciencia que soportara esto, los señores inquisidores, los oidores, los oficiales reales, el prior del Consulado de Comercio y el presidente del Tribunal de Minería mandaron largas querellas al rey contando muy al por menor los nefastos, procederes de su virrey de Nueva España. Felipe IV las oyó benévolo y despachó en el acto sus provisiones reales al obispo de la Puebla de los Ángeles, don Diego Osorio de Escobar y Llamas, para que sustituyese inmediatamente al explotador y rapaz conde de Baños, o más bien a su esposa, que era la que mandaba y bajo cuyos ojos hermosos pasaban todas las cosas del gobierno, dejándole una tintineante estela de buena plata castiza.

Una mañana recibió el virrey esos despachos. Al leerlos palideció espantado; un calosfrío le puso un intenso sacudimiento en sus carnes; la frente se le roció de helados trasudores, y se quedó un largo rato como amortecido. Con mano temblorosa y engarabitada cogió el pliego y se fue tambaleando a mostrárselo a la virreina, que estaba en su alcoba peinando con un escarpidor de plata su cabellera olorosa, larga y magdalénica. Por la alcoba erraba, sonámbula, el alma leve de un perfume.

Le alargó el virrey el pliego y le dijo con un débil soplo por habla:

-Mira...

Doña Isabel lo leyó impávida, con imperturbable majestad, y sonriendo con una fría sonrisa que apenas le abrió el extremo de la boca, le contestó:

-¡Mira!

Y con lentitud desdeñosa empezó a rasgar en mil pedazos el real pliego. El conde, que le miraba con doloroso ahincó, lanzó un gemido y se le untó en el rostro desencajado una palidez más amarilla y fue más acelerado el temblor de su cuerpo. Con palabra anhelante, y agitando los brazos desolados y vehementes, apenas pudo decir:

-¡Qué has hecho, qué has hecho! ¿Pero qué has hecho, Isabel? ..."

- ¿Le pasaría a él lo mismo? Uno nunca sabe -pensó, para sus adentros el honorable Don Martín. Su formación era otra; además aquello sucedió entre 1660 y 1664'. Los tiempos cambian... Además, no es lo mismo "virrey que se va, que virrey que llega".

-Manuela -volvió a gritar-, ven enseguida mujer.

La enorme india, vestida impecable con ropas española aunque conservando sus tradicionales cintas de colores en las trenzas, llegó asustada.

- ¿Qué se le ofrece, "eselencia"?

- Tráeme otra botella de medicina, de la de navidades, tú sabes...

-Sí "eselencia".

Una vez que volvió Manuela, el virrey continuó hojeando con mucho interés los papeles.

Esta vez profirió una sonora carcajada al adentrarse en tan sugerentes papeles: "En todas las tertulias no se hablaba más que del nuevo gobernante, encareciéndolo. Se decía que era hombre apuesto, derrochador, elegante, amigo de la esplendidez y de las galas; que era muy rendido con las damas, y al oír esto todas aquellas que se creían en el feliz estado de merecer, sonreían con fino encanto tras de los abanicos o se tapaban un suspiro con los leves pañolitos de encaje, poniendo la mirada tierna y distante. Se decía que el duque de Veragua era hombre de a caballo, gustador apasionado de los nobles ejercicios a la jineta, y los señores, para atraérselo a su amistad, pensaban en torneos, en pasos de armas, en quebrar cañas, en cacerías, en alancear toros bravos; los de la Real Audiencia y los del Ayuntamiento, para halagarlo, discutían a qué pueblo le cambiaban su nombre tradicional por el de Colón, o, cuando menos, le agregarían el nombre de su ilustre ascendiente: Colón Tezmeluca, Colón Itzcuintla, Teziutlán de Colón, Colón Acaponeta, Colón Atzcapotzalco, Tapachula de Colón, Colón de Tzintzuntzan...

“Llegó, por fin el día venturoso de la entrada, día esperado por todos con inquieto anhelo. El lujoso señorío de México se precipitó en Otumba o en Guadalupe para encontrar al virrey y, ¡oh, decepción!, se hallaron con un anciano imposible, achacoso, temblequeante, de mirada vaga y habla tartajosa; su rostro, de color de limón, estaba poblado de pellejos y arrugas, y se adivinaba, sin mucho esfuerzo, un cuerpo cadavérico entre las holguras de su traje de seda. ¿Ese era don Pedro Nuño Colón de Veragua y marqués de la Jamaica? ¿Cómo a este anciano decrepito lo mandaban a gobernar la Nueva España? No pudo montar Su Excelencia, no digo en el fogoso y engualdrapado corcel que se le tenía prevenido, pero ni siquiera el pobre hombre pudo subir en un caballo viejo, desengañado y formal, pues a pesar de su andadura sosegada, iba y venía, bamboleante, de borrrén a borrrén, en inminente peligro de caerse y quebrarse en el tumbo no sé cuántos de sus huesos más apollillados y carcomidos. Pidió, desfalleciendo, una silla de manos, llena de cojines y con mantas felpudas; pero como no era esto gallardo, pero como no era esto gallardo, se le metió en un coche y a sus lados se le sentaron, para acuñarlo en el asiento, el grave arzobispo Fray Payo Enríquez de Rivera y el presidente de la Audiencia, don Cosme Alcolea, hombre obeso y rotudo.

El coche caminaba lento, pues si aceleraba un poco entrábanle a Su Excelencia grandes mareos y sudores. Con la barba hundida entre el pecho y con los párpados caídos como pingajos sobre los ojos turbios, así como dormido, hizo su entrada en la ciudad de México el duque de Veragua y marqués de la Jamaica, grande de España y caballero del Toisón de Oro. Con grandísimo esfuerzo, como si alzara un peso enorme, levantaba la mano para agradecer los aplausos, los vivas, que la multitud le echaba con entusiasmo. Una penosa sonrisa, de cuando en cuando, le andaba por los labios exangües. Cuando entró bajo el palio no sólo se apoyaba en un bastón de muletilla, sino que con la otra mano se agarró de una de las doradas varas, caminando con un débil clamor entre la boca seca, árida. El bullicio y el vocerío de la multitud lo desfallecía cada vez más y más; iba ya medio desmayado, sin pulsos y con la lengua trabada. El Te Deum lo oyó casi fuera del mundo; el órgano de la Catedral le metía el sonoro estruendo de su vasta polifonía en las entrañas y se las desgarraba.

“Todo lo veía el duque de Veragua como a través de espesos velos de bruma apenas punteados por las luces de los cirios. No supo ni cómo ni cuándo llegó a Palacio. Estaba desfallecido, con todos los humores descompuestos y con una gran congoja de estómago. Le tuvieron que liar los brazos con cuerdas muy apretadas para devolverle la sangre al corazón, y sobre él, para confortárselo, le pusieron una uña aromática y una piedra bezar y a más le dieron unos granos de ella desatados en agua rosada, y se le confeccionaron alquermes, que echaron, para

mayor eficacia, en paños de grana, aplacándoselos muy calientes en los muslos y en el bazo, y con todas estas cosas se enderezó a medias, sin dejar su quejido. Con la toma de posesión del gobierno casi echó el alma del cuerpo. Se pospuso el besamanos, pues ya no era posible...”

El ataque de risa no le paraba. Claro: tanto y tan tupido susto le habían hecho eclosión al virrey en forma de sonoras carcajadas que amenazaban con estrellar los cristales y mover los candiles, cuyo polvo caía a cada contracción gutural de tan ilustre personaje.

Una vez repuesto el señor de Mayorga, continuó repasando aquellas líneas y pensando, pensando...

Un ujier interrumpió la lectura que le tenía materialmente sorbido el ojo y el seso a Don Martín para anunciarle la visita de un extraño personaje que deseaba una audiencia con él. Como el señor virrey no se encontraba tan ocupado señaló que lo recibiría en unos momentos. Antes instrucción a su secretario para que interrogara al visitante sobre sus pretensiones.

El secretario regresó con la siguiente noticia:

- ¿Qué desea? -preguntó el virrey.
- Verle a usted...
- Desea tratarle un asunto privado.
- Describámelo.
- Blanco, elegante, joven, buen mozo, al parecer francés procedente de las colonias americanas...
- ?
- Algo más: dice ser noble y descender de ¡Carlomagno!
- ¡iiii
- Que pase, que pase...de inmediato...

§ § §

Casi veinte años antes de aquella entrevista, la aristocrática familia Saint-Simon veía con júbilo la llegada al mundo de Claudio Enrique de Rouvroi, otro conde de Saint-Simon, continuador de la leyenda -muy creída por ellos mismos- de ser descendientes directos de Carlomagno.

La sala principal de la mansión de los Saint-Simon ostentaba un óleo con la efigie de Carlomagno sosteniendo el mundo.

Si aquel día del alumbramiento alguien hubiese tenido la curiosidad de observar de cerca la pintura, se podría haber dado cuenta que parecía estar guiñando un ojo y sonreír desacostumbradamente...



...Dice ser noble y descender de Carlomagno.



El primer grito que profirió el pequeño conde era igual seguramente al que lanzó cuando años después un perro aparentemente rabioso lo mordió. Enrique se cauterizó la herida con un carbón encendido y tuvo consigo un revólver para matarse a los primeros síntomas de la rabia.

La primera educación del joven conde la recibió de D'Alambert; no se sabe si a resultas de ella el niño se negó a hacer su primera comunión a los trece años.

De todas formas, era tan rebelde que su padre no tuvo más remedio que enviarlo ¡a la cárcel! En Saint-Lazare.

Algún tiempo después haría una visita trascendente para su vida: compartiría algunos momentos con Juan Jacobo Rousseau.

Subteniente a los 17 años habría de confesar más tarde: “Mi vocación no era de soldado...ejercitarme durante el verano y cortejar durante el invierno era una clase de vida que se me hacía insoportable...”

Pues ni tan insoportable porque al saber de los intentos de insurrección de las colonias americanas contra Inglaterra y siguiendo el ejemplo de muchos nobles franceses, ni tardo ni perezoso se embarca hacia la gran aventura con resultados asombrosos. Participa en cinco campañas otorgándosele la codiciada Orden de Cincinnatus, altísima presea al mérito revolucionario a quienes combatían a favor de la independencia de los Estados Unidos. Combate, ni más ni menos que a las órdenes de Washington.

No por algo el joven conde tenía dadas estrictas órdenes a su lacayo de despertarlo a diario con estas palabras: “Levantaos, señor conde que hoy tenéis que hacer grandes cosas. Y las hacía...y muchas...y bien...”

Entretanto, allá en la sala donde nació, el retrato de su ascendiente Carlomagno, reflexionaría atento, a lo que le estaba ocurriendo al conde, quien debido a su obstinación y desafiando la autoridad paterna, había puesto pies en polvorosa con rumbo desconocido. Después de todo, la obstinación era el signo de Enrique...

Obstinado: Inaccesible a la verdad, tal como se manifiesta en el esplendor y la fuerza de nuestras creencias. El prototipo popular de la obstinación es la mula, animal muy inteligente.

Bierce, *Diccionario del Diablo*

Hecha la anterior reflexión, Carlomagno pareció sonreír de nuevo.

Al finalizar la guerra de independencia se encuentra en Luisiana donde oye hablar por vez primera de un lugar exótico, al sur de las fronteras americanas; un virreinato, Nueva España, que le producía un atractivo especial, quizá alguna pre-

monición, pues años después frecuentaría al igual que el mexicano Fray Servando Teresa de Mier, los elegantes salones parisinos de Madame Recamier y Madame de Staël, esta última con la que intentaría tórrido romance.

¿Qué pasaba en la capital de la Nueva España en esa época?

La vida en la capital de la Nueva España en el siglo XVIII transcurría tranquila; las gallardas familias criollas paseaban su linaje y sedas por las calles de la ciudad. Pordioseros, frailes y soldados daban la nota del colorido a una metrópoli que despertaba, somnolienta y tardía a los progresos de la época. Virreyes iban y virreyes llegaban. El chisme palaciego, la intriga militar y un pueblo muy mezclado y contrastante completaban el aspecto pintoresco que dejaba algunas huellas, quizá perennes para su historia misma.

A veces se escuchaba un murmullo:

Mirad aquestas frutas naturales
el plátano, mamey, guayaba, anona
si el gusto a las de España son iguales

Pues un chico zapote a la persona
al Rey se puede ser empresentado
por el fruto mejor que cría Pomona

o un verso que decía:

Enfermo de amor me muero
en éste funesto valle
desde que tú, dulce sueño
el corazón me flechaste.

Me lo has herido y yo siento
la saeta que me hace
que tu dulce amor me queme
que tu suave ardor me abraze



Las caras patibularias del Santo Oficio danzaban parsimoniosas por las viejas calles, pegadas a gruesos cuerpos, cubiertos de seda y paños.

La voz de los heraldos sonaba hueca, exigiendo declaraciones, buscando los nexos, cercenando coartadas; la gente asustada, se santiguaba frente aquellos ejecutores de las más altas leyes.

“Se lee impunemente cualquier obra contra la autoridad pontifica”, decía uno.

“Se están metiendo libros de Voltaire y Le Metrie y otros inicuos en este reino”, afirmaba otro.

Uno más, señalaba azorado: “la tropa, viciada en sus costumbres está muy infectada de sentimientos impíos y de semilla herética”.

“La multitud de extranjeros -advertía un cuarto- que con varios motivos se ha establecido en estos reinos, hace temer un estrago si no se provee de remedio con la prontitud al peligro, y la falta de ministros nos constituye en un estado de no poder llenar con desempeño la obligación de nuestro oficio”.

“Lo peor -finalizaba un angustiado-, el carácter eclesiástico es objeto de maleficencia y nuestros arcanos son sacados del secreto y, desnudos, expuestos a los ojos de los profanos...”

Eso era lo que había escuchado de aquel extraño lugar, asiento de viejas culturas indígenas y crisol acelerado de las europeas. Alguien también le había dicho que quien gobernaba ese lugar era un virrey llamado Don Martín de Mayorga... Al conde le seducía mucho la idea de viajar allá. ¿Iría?

Todo ello lo tenía altamente impresionado. Le gustaba ver en todo la unión, la unidad, la cooperación. La idea del agua, la idea de la comunicación marítima al través de canales le perseguiría inmisericorde haciendo explosión fáctica en sus discípulos. El por lo pronto propone al rey de España la construcción de un canal que comunique Madrid con el más... empresa que tampoco se lleva a cabo.

Pasa el tiempo. El conde regresa a Francia y para sorpresa de todos declara ante el consejo general del municipio.

Claude-Henri de Saint-Simon declara que quiere purificar con un bautismo republicano la mancha de su pecado original: solicita abrogar su nombre, ya que le recuerda una desigualdad que la razón proscribió mucho antes de que lo hiciera con justicia la constitución...

Rebautizado como Claude-Henri Bonhomme emprende una serie de empresas dignas de un titán que van a abarcar una serie de escritos y hechos que lo van a trascender aún más de lo que él mismo hubiera pensado.

“...Tenía una hendidura, una falla en el cerebro; estaba loco. Tenía una estrella en el pensamiento...”

¿Le quedaría esta frase de Jaloux?

Encarcelado, asediado, homenajado, fustigado, etc., por la Revolución, su personalidad sugerente, sin embargo, se sobrepone a los vericuetos de la política. En el período más cruel de la Revolución -escribe el conde- durante una noche de encarcelamiento en el Luxemburgo, se me apareció Carlomagno y me dijo: “Desde el principio del mundo no ha habido una familia que haya disfrutado del honor de producir un gran filósofo, además de un héroe. Semejante honor estaba reservado a mi casa. Hijo mío, tus éxitos de filósofo serán tan grandes como los alcanzados por mí como guerrero y político”. ¿El motivo de su encarcelamiento? Tratar de vender el plomo del tejado en la Catedral de Notre-Dame. Meses después, lo liberan.

Su obsesión de servir a la humanidad le había hecho escribir una vez a su padre “Deseo realizar una obra útil a la humanidad”. En otra ocasión señalaría: “Príncipe, escuchad la voz de Dios que habla por mi boca. Creo haber hallado un concepto del mundo mejor que el de Bacon, de Newton y de Locke...”

El conde empero, sentíase solo. La soledad de los grandes hombres es de las más frías; deseaba una compañera. Y buscó a la más inteligente, brillante y rica de la época, la famosa Madame de Staël a quien se declaró en estos términos:

“Madame: vos sois la mujer más inteligente de Europa; yo soy el hombre más extraordinario; ¿queréis que seamos padres de un niño?”

Madame no le hace caso. El pobre conde ignoraba las ideas de la dama, quien se inmortalizaría entre otras cosas al decir:

“Yo me alegro de no haber sido hombre, porque entonces hubiera tenido que casarme con una mujer...”

Pero la curiosidad del matrimonio seguía al conde como su propia sombra.

Su sabio antecesor Carlomagno seguramente le habría advertido, con George Hebert: No aconsejes a nadie que se case ni vaya a la guerra...

Pero el conde era un obstinado también en la que se refiere a la toma de estado. Escandaliza a la sociedad de su tiempo, -otro escándalo más- proponiendo “matrimonio limitado” por tres años a una insípida literato llamada Saphie Gaury de Grandchamp.

Instaladas en la calle Vivienne viven en infernal unión bendecida por gritos, manotazos y sinsabores que acaban con la paciencia del sabio conde quien, cuando, se le preguntaba sobre el matrimonio, simplemente contestaba con socarrona sonrisa:



“Utilicé el matrimonio para estudiar a las científicas...”

¿Tendría razón William Cangreve cuando, decía que todo hombre hace el tonto alguna vez en su vida, pero casarse es hacer el tonto para toda la vida? ¿O Bierce al señalar que la mujer sería más encantadora si fuera posible caer en sus brazos sin caer en sus manos?

Pero Saint-Simon empieza a hacerse famoso; costureras y obreras le cantan al nuevo salvador del mundo:

“He visto a Saint-Simon, el profeta / Primero rico, después con deudas / que, desde la base hasta la cima / Rehacía la saciedad / Rico por su obra iniciada / Viejo, para ella, tendía la mano / Seguro de que abrazaba las ideas / que debían salvar al género humano.”

Para redondear sus escándalos es acusado de incitación al asesinato. Su falta consistió, al decir de sus enemigos, de complicidad moral en la muerte del Duque de Berry y de falta de respeto a la familia real. En la audiencia se defiende el conde diciendo que nunca ha faltado el respeto a la familia real (en ese momento hizo una caravana hasta el suelo), sino “a todo, el sistema político actual; si he cometido algún delito, -agrega- será el de haber probado que la administración pública está más atrasada que las inteligencias y haber indicado en qué dirección debería avanzarse para establecer un orden social mejor...”

Podemos observar en la República de los Perros —dice Jonathan Swift— que todo el Estado disfruta de la paz más absoluta después de una comida abundante y que surgen entre ellos contiendas civiles tan pronto como un hueso grande viene a caer en poder de algún perro principal, el cual la reparte con unos pocos, estableciendo una tiranía...

Perra vida.

Y, ¿acerca de la amistad con sus amigos y discípulos?

Amistad:

“...Barco lo bastante grande como para llevar a dos con buen tiempo; pero a uno solo en caso de tormenta...Bierce.

Primer acto:

Augusto Comte, secretario y discípulo de Saint-Simon escribe sobre su maestro:

Mi espíritu ha avanzado más en los seis meses que dura nuestra relación (con Saint-Simon) que en tres años si hubiera estado solo. Es un ser original en todos sus aspectos. Le he consagrado una amistad eterna; y él a su vez me quiere como a un hijo...

Segundo acto:

El mismo Comte escribe, tiempo después:

“Deploro mi funesta relación de mi primera juventud con un farsante corrompido...”

Tercer acto:

Carlos Marx, el 12 de junio de 1817 le escribe a su amigo Carlos Beslay:

“Adopto una posición totalmente hostil hacia’ Comte. Como hombre de ciencia me merece una muy pobre opinión...”

Cuarto acto:

Proudhon dice en una carta de Comte:

“...La lectura de este animal de Augusto Comte, el más pedante de los sabios, el más débil de los filósofos, el más vulgar de los pensadores, el más insoportable de los escritores, me subleva...”

Telón:

Enrique Couhier, refiriéndose a Saint-Simon:

“...Saint-Simon no es un sabio en busca de verdad, sino un artista en busca de belleza.”

León Brushevich:

“...Saint-Simon es un hombre de genio y no es más que esto...”

Proudhon, Marx y Engels, constantemente citan y elogian a Saint-Simon. Los dos primeros además, catalizan su repulsa a Comte.

Era pues nuestro conde un hombre de controversia. Controversia: batalla en que la saliva o la tinta reemplazan al insultante cañonazo o a la desconsiderada bayoneta. Bierce.

A los treinta y cinco años se lo describen a Michelet:

“Era un hombre atractivo, muy alegre, rostro franco y sonriente, con unos ojos admirables y una sonrisa quijotesca...”

¿El programa de su vida?

- 1o. Llevar, mientras se tiene vigor, una vida lo más original y activa posible.
- 2o. Enterarse cuidadosamente de todas las teorías y de todas las prácticas.
- 3o. Recorrer todas las clases sociales, colocarse personalmente en las posiciones sociales más diferentes, llegando incluso a crear relaciones que no habían existido.
- 4o. Finalmente, emplear la vejez en resumir las observaciones sobre los efectos que hayan resultado de sus acciones, en cuanto a él y a los demás, y establecer los principios sobre la base de estos resúmenes.



Y estas ideas las llevaba el conde a todos los rincones de París o Ginebra o Alemania. Eran famosos sus paseos con personajes por las calles y avenidas. Su asistencia a fiestas y saraos. Sus discusiones con políticos y artistas. Su locuacidad y enorme don de conversación que no lo hacían salir de los famosos salones de la Recamier y su amor imposible, la terrible Madame de Staël. Nada extraño sería en aquellos tiempos sorprender en animada charla a Saint-Simon, Fray Servando Teresa de Mier y Alamán quizá añorando la lejana Nueva España.

”En aquel ambiente refinado en el que había entre la delicada vaguedad de los perfumes, continuos fru-frúes de sedas, muelles, aleteos de abanicos, relumbres de joyas, vaporosos encajes, en consonancia todo ello con ademanes medidos y garbosos, nobles actitudes, rendidas caravanas de corte; en este ambiente de clarísima elegancia y de talento, en el que iban y venían frases repulidas y exquisitas y volaban con noble gracia mil galanterías llenas de donosuras y por dondequiera vivamente el ingenio, no se sentiría nada cohibido el fraile imaginativo e impetuoso, pues siempre dio mues-tras de desparpajo en el que estaba su ruda franqueza nortea.

“Sin amilanarse ante nada ni nadie, diría ahí Fray Servando lo que pensaba y esto muy a la pata llana, pulidas finuras retóricas, ni cortesánías, porque era atrozmente sincero en la emisión de sus opiniones, desconsiderado, a veces groserote. Accionaba mucho al hablar; con los brazos representaba lo que con la boca decía. Quedaríanse, de seguro, admirados los elegantes y refinados tertulios de ambas señoras, escuchando sus pláticas desenfadadas, fértiles y coloridas, porque era hombre de imaginación pronta, de fluente palabra, de salidas ágiles y oportunas. Era un conversador magnético que atraía la atención de todos. Diría esas cosas enormes que a veces causaban grandes e irrestantes risas, de esas que se dicen ‘homéricas’, y en otras ocasiones admiración por su talento tan vivaz, por su deformadora imaginación.

“Tanto la Recamier como la Staël lo recibieron siempre con agrado ceremonioso y todos los esclarecidos concurrentes a esos salones admiraron su verba iluminada con claras luces de inteligencia”.

¿Y de filosofía y política? Bueno, hombre, mucho. Nuestro conde deseaba implantar una moral positiva en vez de la existencia del dogma religioso. Empresa difícil, casi imposible. El propone una nueva organización de la colectividad:

El poder espiritual, en manos de los sabios.

El poder temporal en manos de los propietarios.

El poder de designar a los llamados a cumplir los deberes de los grandes dirigentes de la humanidad, en manos de todos.



... Tanto la Recamier como la Stael lo recibieron.



Y... mucho ojo: en la nueva estructuración las mujeres disfrutarían de los mismos derechos que los hombres...

-En la Edad Media -abunda el conde-; dominaron los guerreros y los sacerdotes; unos y otros fueron suplantados por los banqueros y legistas, quienes sin embargo no aportaron ninguna nueva organización, sino que en su egoísmo se limitaron a gritar a los antiguos señores: quítate tú de ahí para que me ponga yo; el poder debería pues quedar en manos de los industriales integrados por sabios, empresarios y obreros, todos bajo el manto de una nueva fe, que superando los dogmas medievales y el protestantismo, realizarían en el mundo la fraternidad.

El desenfreno de su vida continuaba en forma reiterativa y permanente. Dos o tres años antes de morir, ayuno de amigos y recursos económicos, escribe con desesperada pasión una serie interminable de críticas, folletos, observaciones, etc., a los mecenas de su tiempo, acompañados de esta patética nota:

“Señor”:

Sed el salvador mío, porque me muero de hambre...

Quince días llevo ya a pan y agua..., después de vender todas mis ropas a fin de imprimir mi obra con su importe. Si he llegado a situación tan calamitosa, ha sido debido a mi ardiente pasión por el saber y en favor del público bienestar, a mi anhelo de descubrir medios pacíficos para salir de esta crisis espantosa por la que atraviesa toda la sociedad europea...

§ § §



...quince días llevo ya a pan y agua

En sus últimos días, altivo, orgulloso, con esa elegancia que le caracterizaba, recordaba mil y un pasajes de su vida. Su intento de suicidio, su pasión por la Staël, su medalla Cincinnatus, sus encarcelamientos... su viaje a la Nueva España. Esto último lo tenía tan presente. Era sólo un joven cuando procedente de Luisiana llegaría a aquel exótico lugar, a aquella extraña corte presidida por Don Martín de Mayorga tan serio, tan fino, tan nervioso.

Aún recordaba nuestro conde cuando le propuso al virrey algo insólito: la construcción de un canal que uniera al Océano Atlántico con el Pacífico precisamente en tierras mexicanas, en el Istmo de Tehuantepec.

Aún recordaba también, cuando el virrey, con toda elegancia, con toda finura le contestó con un rotundo no, enfatizando con un movimiento de cabeza enérgico, suavemente enérgico...

-¡Recordad que aquel que aspira a hacer grandes cosas tiene que ser vehemente! -había dicho Saint-Simon a sus discípulos-. Fernando de Lesseps fue de los pocos que le hicieron caso...

Mientras los discípulos de Saint-Simon posteriormente a su muerte van cantando rumbo a la cárcel su marcha:

“los burgueses alaban nuestro espíritu
el pueblo amará nuestros corazones
los burgueses leían nuestros diarios
el pueblo repite nuestros cantos.....

casi al atracar, en un barco procedente de la Nueva España, un grumete enviaba señales de auxilio al puerto de Cádiz; un importante personaje a bordo acababa de fallecer...



Un dictador en manga

Es preciso mantenerse entre dos locuras:
la de creer que se puede todo y la de
creer que no se puede nada.

ALAIN

...Anda con Dios y con romadizo, la
pierna quebrada y el cuadril salido...

REFRÁN ESPAÑOL DEL SIGLO XVI

En las agrestes montañas de Escocia, a un día de distancia en diligencia de Glasgow, precisamente en un pueblecillo sin importancia aparente, hacia 1790 tenía lugar el siguiente diálogo:

- ¿Su edad?

-Veinte cumpliré en mayo -fue mi respuesta.

- ¿Cuántas veces se emborracha por semana... ?

- Yo no me he emborrachado en mi vida -le contesté, poniéndome muy colorado por aquella pregunta que yo no esperaba.

- ¿Qué salario quiere ganar?

-Trescientas libras fue mi respuesta.

- ¿Cuánto? ¡Trescientas libras! -exclamó el señor Drink-water.

Se han presentado esta mañana yo no sé cuantos aspirantes, y creo que sumando los salarios que han pedido todos ellos no se llegaría a semejante cifra.

- Yo no tengo que guiarme por lo que otros pidan, y no puedo admitir menos -le contesté.

19 años antes, en 1771, en Gales la pobre familia Owen veía con felicidad y tristeza a la vez, la llegada al mundo de Robert quien a los nueve años de edad entraría de aprendiz en la casa de un pañero. Años después, diez para hacer exactos, el propietario de unas hilanderías publicó un anuncio solicitando un encargado para su fábrica. Owen, tras el diálogo antes citado, se quedó con el trabajo.

“¿No le pesa, señor Owen, el haber gastado toda su vida en esfuerzos imposibles?”

-Mi vida no fue inútil; ofrecí al mundo verdades importantes, y si no se le prestó consideración fue tan sólo porque no fueron comprendidas. Me adelanté a mi época...



Tal diálogo se desarrollaba en el lecho de muerte de un muy ilustre caballero, en el mes de noviembre de 1858. Era tan ilustre como atacado: Robert Owen.

De él, Federico Engels había de señalar que “mientras estuvo representando el papel de filántropo consiguió riquezas, aplausos, honor y gloria. Fue la persona más popular de Europa. No sólo le escuchaban y le aprobaban los de su propia clase, sino también los hombres de Estado y los príncipes. Pero cuando sacó a la luz sus teorías comunistas, el panorama cambió por completo. Había tres obstáculos que, a su juicio, eran el mayor impedimento para la reforma social: la propiedad privada, la religión y el sistema matrimonial de su época. Sabía lo que le esperaba si los atacaba: ser considerado por toda la sociedad como un enemigo de la ley y la pérdida total de su posición social. Pero nada pudo detenerle; los atacó sin que le importasen las consecuencias, y sucedió lo que había previsto. Se le desterró de la sociedad oficial y la prensa le condenó, junto con sus obras; además se empobreció por el fracaso de los experimentos comunistas en América, en los que había empeñado toda su fortuna. Entonces se volvió hacia los obreros, y con ellos trabajó durante treinta años más. Todos los movimientos sociales, todos los adelantos significativos en favor de los obreros de Inglaterra, estuvieron asociados al nombre de Owen.”

Tal parecía que Owen vivía el peso de varias obsesiones (religión, espíritus, etc.); sin embargo, había una que lo perseguía: el matrimonio.

Así, escribe:

“... En el presente, teniendo en cuenta la deficiencia de nuestros conocimientos por falta de experiencia y la inestabilidad de los sentimientos en la raza humana, consecuencia de una educación falsa, proponemos que la unión y desunión entre hombres y mujeres esté regida por las siguientes normas:

Matrimonio

Anuncio en público.-Las personas que sientan afecto mutuo y deseen unirse deberán anunciar tal intención públicamente en una de nuestras asambleas de los domingos.

Matrimonio.-Estas declaraciones, una vez registradas en los libros de la comunidad, constituirán su matrimonio.

Finalidad del Matrimonio

Los matrimonios se celebrarán únicamente con el fin de conseguir la felicidad de ambos sexos, y si no se consiguiese tal fin, la unión no tendrá objeto.

Divorcio

Primero.- Cuando ambas partes desean la separación.

Anuncio en público.- En caso de que ambas partes, después de un período mínimo de doce meses, descubran que sus disposiciones y costumbres no se acoplan y que hay poca o ninguna esperanza de felicidad en su unión, deberán hacer una declaración en público como en el caso anterior.

Período preliminar.- A continuación volverán a vivir juntas por seis meses más, al término de los cuales, si aún consideran que sus cualidades no concuerdan y ambas partes lo creen así, harán una segunda declaración.

Divorcio.- Estas declaraciones, debidamente registradas y con la firma de testigos, constituirán la separación legal.

Segundo.- Cuando sólo uno desea la separación.

Período preliminar.- En el caso de que una de las partes mantuviese su solicitud de divorcio y la otra fuese contraria a la separación, se les pedirá que continúen viviendo juntas por otros seis meses para tratar de ver si sus sentimientos y costumbres pudiesen compaginarse mejor y conseguir ser felices.

Divorcio.- Pero si al final del segundo período de seis meses la parte que no deseaba el matrimonio sigue en la misma actitud, la separación será definitiva.

Situación de las partes después del divorcio.

Ambas partes podrán formar nuevas uniones con personas que se adecúen mejor con sus caracteres y no se verá disminuida su reputación en la sociedad.

Provisiones para los hijos.

“Como todos los niños en este nuevo mundo serán educados y enseñados por cuenta y cuidado de la sociedad, la separación de los padres no afectará en absoluto a las condiciones de vida de la joven generación.”

Al hablar de algunos espíritus de hombres justos que iluminan a quienes dirigen los destinos del mundo enfatizo que “Ahora mismo hay espíritus a nuestro alrededor y entre nosotros. Espíritus que se han perfeccionado y purificado por su inteligencia y fuerza superior y que están ahora profundamente interesados en iniciar y realizar varios planes en distintas partes del mundo para que por fin sobrevenga este cambio grande y glorioso para la humanidad y para hacer real la nueva existencia feliz y duradera del hombre sobre la tierra y prepararle para los goces superiores de la vida en las esferas celestes”.



Y terminaría afirmando que “Nuevas manifestaciones espirituales están ejerciendo hoy día gran influencia sobre los poderes gobernantes en el mundo, para que éstos frenen en su loca carrera de maldad y se detengan por un momento para mirar a su alrededor y encontrar los medios de evitar la horrible tormenta que se avecina, tremenda como nunca han visto los hombres...”

Los espíritus se están ocupando sobre todo en preparar a los gobiernos de Inglaterra, Rusia y Francia para este cambio. Los ingleses han de comenzar ahora en la India. Los rusos y los indios están preparándose para llevar a la práctica el nuevo sistema de colonias dentro de sus territorios nacionales. La población francesa hace tiempo que mira tal cambio con simpatía. Su Majestad británica y su real consorte, junto con las majestades imperiales de Rusia y Francia, están en la actualidad profundamente influenciados e inspirados por espíritus superiores que les empujan para unirse y dirigir este gran cambio, de forma que induzcan a todos los otros gobiernos a seguir su ejemplo...”

Mis primeras visitas en los Estados Unidos -escribiría Owen- fueron para John Adams, Thomas Jefferson, James Madison y James Monroe, estos dos últimos cuarto y quinto presidentes, respectivamente. George Washington, el primer presidente, había muerto antes de mi primera visita a los Estados Unidos...

Después de haber explicado exhaustivamente mis ideas a los cuatro presidentes de los Estados Unidos, todos ellos, uno después de otro, admitieron la verdad del principio fundamental sobre el que se debía basar la reforma que yo proponía. Pero todos ellos dijeron que no veían cómo tales principios, bien que fuesen verdaderos y hermosos, podrían llevarse a la práctica...

Entonces les expliqué de qué forma yo los había llevado a la práctica durante treinta años...

Me dijeron que en tal caso yo debía tener tan enorme conocimiento práctico sobre la forma de materializar tales principios que su inexperiencia debería rendirse ante mi experiencia...

Existía entonces una gran amistad entre el ex presidente, el entonces presidente Mr. Monroe y su sucesor, John Quincy Adams, hijo del presidente Adams. Y yo tenía todos los motivos para suponer que el presidente, a quien visité primero, había comunicado sus impresiones a todos los demás, pues desde entonces gocé de completa confianza con el gobierno de los Estados Unidos a través de sus presidentes Mr. Monroe, Mr. John Quincy Adams, el general Jackson y Mr. van Buren -concluye Owen.

§ § §

“Rappites” era una secta alemana avecindada a orillas del río Wabash, en el condado de Posey, en Indiana, Estados Unidos. Ahí sí -pensaba- podría hacer realidad su aldea cooperativa, su colonia socialista *sui generis*.

Así, se decide y compra treinta mil acres a la secta y funda el ideal de toda su vida: *Nueva Armonía* es el nombre que le impone a sus deseos ahora materializados.

El 4 de julio de 1826, se produce otra declaración de independencia en territorio americano: Owen declaraba, solemne en ese apacible lugar tres cosas:

Independencia de la propiedad privada.

Independencia de la religión irracional.

Independencia del matrimonio.

Entre el gentío, un pequeñín miraba sin entender aquello aparentemente. Se llamaba Alberto K. Owen; sí, Albert K. Owen.

Al sentirse otro padre de la patria americano redivivo, la mente de Owen volaba, años atrás, cuando inició una de las más meteóricas y sólidas carreras en el mundo de los negocios. No era para menos: gracias a él, New Lanark -su creación-, hacía abrir en forma desmesurada los ojos de cuanto visitante pasaba por el lugar o deliberadamente deseaba comprobar lo ahí existente.

Entre otros ojos que se abrieron frente al espectáculo figuraban los del futuro zar Nicolás I de todas las rusias, los príncipes Juan y Maximiliano de Austria así como todo tipo de gente sorprendida ante aquella aldea sin importancia aparente.

Por cierto que Maximiliano iría después no lejos de ahí, antes de emprender su viaje sin retorno, a visitar al padre de Oscar Wilde, Dr. William Wilde¹ para atenderse con él de sus ojos; ojos que verían también pasar un imperio por sus manos así como cerrarse frente al paisaje queretano, en medio de los truenos de fusiles republicanos.

¿Qué había hecho aquel joven de casi veinte años contratado con dudas para dirigir una fábrica? ¿Qué extraña y mágica transformación había realizado el que sería más tarde llamado filántropo desequilibrado y comunista trasnochado Roberto Owen?

Lo que toda esa gente venía a ver -escribe Heilbrunner- era la prueba viviente de que había algo más que hacer en la sociedad que la fealdad y depravación de la vida industrial, y que éstas no eran inevitables. Allí, en New Lanark, podían verse limpias hileras de casas de obreros, con dos habitaciones cada una, y calles en las que la basura estaba recogida cuidadosamente en montones, a la espera de

¹ ¿Por qué lleva el Dr. Wilde las uñas tan sucias?

-Porque se rasca.



ser retirada, en lugar de cubrir el suelo de suciedad por todas partes. Y dentro de las fábricas se ofrecía a los ojos de los visitantes un espectáculo todavía menos corriente. Encima de cada obrero estaba colgado un pequeño cubo de madera, y los bloques estaban pintados de negro, azul, amarillo y blanco en las distintas caras. Los colores, en una gradación que iba desde el más oscuro al más claro, correspondían a las distintas clases de comportamiento: el blanco, a excelente; el amarillo, a bueno; el azul, a regular; el negro, a malo. De esta forma, el director de la fábrica podía ver con una sola ojeada de qué manera se estaba portando el equipo de trabajadores que tenía a sus órdenes. Los colores que predominaban eran el amarillo y el blanco.

Otras de las sorpresas era que en aquellas fábricas no trabajaban niños -al menos, niños de menos de diez u once años-, y los que trabajaban tenían una jornada reducida a diez horas y tres cuartos. Además, no se les castigaba nunca; en realidad no se castigaba a nadie, si se exceptúan unos cuantos adultos, borrachos incorregibles, a los que hubo que expulsar por embriaguez crónica y otros vicios por el estilo. La disciplina parecía fruto de la benignidad más bien que del temor. El director de la fábrica tenía siempre abierta a todos la puerta de su despacho y todos podían -y así lo hacían- presentar sus objeciones contra cualquier norma o reglamento. Todos podían examinar el libro en que constaba su conducta para saber por qué razón su correspondiente bloque de madera figuraba con tal o cual color y reclamar si se creían injustamente clasificados.

Pero lo más extraordinario eran los niños pequeños. En lugar de verlos corriendo libremente por las calles, los visitantes los encontraban estudiando o jugando en el amplio edificio de una escuela. Los más pequeños aprendían los nombres de los árboles y de las piedras que había a su alrededor; los que ya eran un poquito mayores, recibían lecciones de gramática expuestas en un friso, en el que el general Nombre disputaba con el coronel Adjetivo y con el cabo Adverbio. No obstante, no todo era estudio, por distraído que éste fuese. Los niños reuníanse también a determinadas horas para cantar y bailar bajo la dirección de mujeres jóvenes a las que se había inculcado que nunca debían dejar sin contestación las preguntas de los niños, que ningún niño era malo cuando no existía una razón para ello, que jamás había que castigar al niño y que éste asimilaba con mucha mayor rapidez las lecciones del ejemplo que las del sermoneo.

Los “Guardianes de los Pobres” enviaron a New Lanark una comisión para dar su opinión. Era el año de 1819.

El establecimiento de Mr. Owen -indicaron- en Lanark es esencialmente manufacturero y está dirigido en una forma tan excelente como, esta comisión jamás ha visto; ésta organización proporciona más felicidad a sus empleados que tal vez



*...Santa Anna recordaba su insistencia personal,
así como aquellas cartas de Inglaterra*



ninguna otra en éste país, donde hay tanta gente pobre trabajando y se fundamenta en un admirable sistema de reglas morales...

En la educación de los niños, lo más notable es el espíritu de amabilidad y afecto que se les demuestra en todo y la ausencia total de todo cuanto pudiera inducirles al mal, y la presencia de todo aquello que se calcula les pueda incitar al bien; la consecuencia es que parecen una familia bien gobernada, unida por los lazos del más intenso afecto...

Vimos muchas cosas dignas de elogio en los adultos. Por lo general están limpios, saludables y serenos. El alcoholismo, padre de tantos vicios e infelicidad, apenas se conoce allí. El resultado es que están bien vestidos y bien alimentados y sus moradas son apetecibles.

En esta colonia tan bien gobernada, donde se fabrica casi todo lo que se necesita para la fábrica y para los habitantes, no se oyen juramentos ni insultos por ninguna parte. Los hombres no son pendencieros, ni las mujeres discutidoras.

Esto es en parte consecuencia de su educación moral, en parte también se debe a la ausencia de tabernas, como antes dijimos; y en parte también al aislamiento de los habitantes respecto al mundo exterior, si es que puede llamarse aislamiento cuando hay 2,500 personas congregadas en la reducida área de un cuarto de milla cuadrada.

Es manifiesto que el bienestar no se debe a los elevados salarios. Entre nosotros, sus salarios se considerarían bajos. El salario semanal de los menores de dieciocho años es para los hombres que trabajan durante el día, cuatro chelines y tres peniques, y para las mujeres, tres chelines y cinco peniques; para los que trabajan a destajo, cinco chelines y cuatro peniques, para los hombres; cuatro chelines y siete peniques, para las mujeres. El salario semanal normal de los mayores de dieciocho años que trabajan durante el día es, para los hombres, nueve chelines y once peniques, y seis chelines para las mujeres; si trabajan a destajo, catorce chelines y diez peniques, para los hombres, y ocho chelines para las mujeres.

El espectáculo debía de ser maravilloso y, desde luego, aleccionador. Continúa Heilbrunner diciendo que en cuanto a los caballeros escépticos, menos propicios que las mujeres de tierno corazón a dejarse convencer por la visita de los niños felices, tenían que enfrentarse al hecho irrefutable de que la New Lanark era una empresa que producía beneficios, extraordinarios beneficios. Se trataba de una obra cuyo director no era sólo un santo: era también un santo con sentido práctico.

No todo era felicidad en la Gran Bretaña, sus islas y posesiones. Los gritos de “pan y sangre” eran el resultado de las guerras napoleónicas. Desde 1816 hasta 1820, con excepción de un sólo año, la situación general era alarmante. Se buscaban soluciones. Owen había de opinar que la solución del problema de la pobreza estaba en hacer que los pobres produjesen. Para ello defendían la formación de

“aldeas cooperativas”, en las cuales, ochocientas o mil doscientas almas se organizarían en una unidad agrícola y manufacturera que se bastase a sí misma. Las familias se instalarían en casas que tendrían la forma de paralelogramos -palabra que se le quedó grabada inmediatamente al público-, en las que cada familia dispondría de un departamento privado, aunque compartiendo con las demás los cuartos de estancia, las salas de lectura y las cocinas. Los niños serían separados de los padres a la edad de tres años, para educarlos en un ambiente mejor, que moldearía sus caracteres y los haría más aptos para la vida futura. Las escuelas estarían rodeadas de jardines, que serían cuidados por los muchachos de más edad, y en torno a los jardines se extenderían los campos, en los que las cosechas se cultivarían, sobra decirlo, realizando el trabajo con azadas y no con arados. Lejos ya de la zona de viviendas, estaría el grupo de fábricas. En realidad, era el de Owen un proyecto de ciudad jardín planeada.

El comité de personajes notables se quedó de una pieza. No se hallaba preparado para recomendar la adopción de semejantes comunidades sociales planeadas en una época como aquella, en que el *laissez faire* imperaba sin trabas. Dio las gracias el señor Owen e hizo caso omiso de todo cuanto proponía este señor.

Los editorialistas de la época lo atacaban:

“El caballero Robert Owen, filántropo hilandero..., cree que todos los seres humanos son otras tantas plantas que han permanecido fuera de la Tierra durante algunos miles de años y que necesitan ser plantadas de nuevo en ella. Consecuente con ello, ha resultado colocarlas en espacios cuadrados, siguiendo una nueva moda... Creo que no hay nadie que no esté convencido de la filantropía del señor Owen y de que nos deje en paz, no vaya a resultar que nos cause grandes daños.” Otro crítico, William Cobbet, que se hallaba desterrado en Norteamérica por causa de sus ideas extremistas, se expresaba con mayor sarcasmo todavía. “Este caballero -escribió- pretende establecer comunidades de pobres..., y el resultado tiene que ser una paz maravillosa, la felicidad y la riqueza nacionales. Yo no veo con claridad de qué manera se las arreglará para evitar ojos amoratados, narices sangrantes y gorras tiradas por el suelo. El proyecto del señor Owen tiene, cuando menos, en su favor su absoluta novedad, porque yo creo que jamás entró hasta ahora en su cabeza humana idea tan descabellada como ésta de una comunidad de pobres... ¡Vaya usted con Dios, señor Owen de Lanark!

También se decía de Owen:

“... Fue la primera figura pública entre nosotros que miró a los niños con ojos amables...”

“... Bien que fuese amistoso, no hay duda de que a veces resultaba en cierto modo un reformista aburrido...”

(George Jacob Holyoake)

“... Tú viniste a nosotros como el rico que visita a los pobres y no nos consideraste vulgares. No había desprecio en tus labios ni burla solapada en tu tono...”

(Ebenezer Elliott)

“... Este amigo de la humanidad...”

(Phillippo Buonarroti)

“... Owen aportó la pericia necesaria, pero los efectos desmoralizadores de nuestras instituciones no le dejaron materiales sanos con qué trabajar...”

(Bronterre O’Brien)

Ah, la mentalidad inglesa, tan rica, tan paradójica, tan práctica, tan incrédula.

“La nación inglesa -decía Disraeli- nunca es tan grande como en la adversidad.”

Bernard Shaw , señalaba: “no hay cosa buena ni mala que veáis hacer a un inglés; pero nunca le sorprenderéis exento de razón. El inglés lo hace todo basándose en principios. Os combate basándose en principios patrióticos; os roba basándose en principios comerciales; os esclaviza basándose en principios imperiales...”

§ § §

Sus recuerdos desaparecieron; estaba ahí, frente a sus colonos, en Nueva Armonía. Inglaterra y sus problemas quedaban atrás. El reto era otro y las soluciones también.

La vida -decía Jarnés- es una cadena de fracasos; hay que admitirla así.

En 1828 fracasa Nueva Armonía. Vende sus tierras y se dirige al presidente Jackson en busca de ayuda, la cual le es negada. Owen, sin embargo no se arredra. Al sur de los Estados Unidos se encontraba un exótico país, conocido apenas, envuelto en la historia y la leyenda. ¿Sería tierra fértil para sus proyectos?

§ § §

“El Siglo XIX”, periódico de la ciudad de México publicó una nota necrológica: (22 de junio de 1876.)

“Don Antonio López de Santa Anna. A la una y media de la mañana de hoy ha fallecido en esta capital el hombre que tanto ha figurado en los acontecimientos de nuestra patria y cuyo nombre célebre por más de un título ha recogido ya la historia en muchas de sus páginas.

Parece que su muerte se debe, más que a su avanzada edad, a una tristeza profunda, a un abatimiento extraordinario que se apoderó de su espíritu hace algún tiempo, y que acabó por llevarle al sepulcro lentamente.

Antes de expirar encargó con encarecimiento que se le hiciera un entierro sobre manera humilde: que se le depositara en una pobre caja y que cuatro cargadores, sin acompañamiento alguno, le condujeran a sepultar en la Villa de Guadalupe. Parece sin embargo, que sus amigos piensan de otra manera, y que mañana se inhumará el cadáver del que fue varias veces presidente de nuestra República con la posible decencia.

El Sr. Santa Anna cometió errores en su larga carrera de hombre público, pero el país le debe también grandes servicios, y al abrirse el sepulcro para él, debemos dar al olvido los primeros para conservar solamente la memoria de los segundos.

Dios ha juzgado ya al hombre sobre el cual la historia ha pronunciado también su fallo.

Descanse en paz.

Reciban los deudos del finado nuestro sincero pésame.”

SANTA ANNA

11 veces presidente de la República

66 años de carrera militar

más alto que bajo

rostro torvo y de mal aspecto

dientes blancos y bien puestos,

nariz gruesa

ojos bonitos

cabellos ligeramente ensortijados

ceceaba al pronunciar

voz gruesa, pastosa imperativa

gran poder de sugestión

manos bien cuidadas



experto en dictar manifiestos largos, gozando al hacerlo
experto en cambiar de filiación
inaugurara su propia estatua
grandes desfiles militares que preside
tropas lujosamente vestidas
caballeros de frac; damas de largo, enjoyadas y perfumadas
adeudos de sueldo a empleados
contribuciones sin medida ni fin
se erige un mausoleo con inscripciones en latín para depositar los restos... de su
pierna

“... concurriendo al acto, como si fuesen en procesión los empleados públicos, la aristocracia, el clero, soportando himnos y discursos al depositar tan sagrada reliquia entre salvas de artillería...”

Todo transcurría apaciblemente en las calles de Vergara, residencia del viejo ex dictador Santa Anna. Ahí, en la tranquilidad de ese hogar, la vida de don Antonio y Carmen su esposa, rumiaba viejas glorias y densos recuerdos agolpaban su mente. Eran las 10:30 de la mañana del 15 de marzo de 1874. Dos personas llamaron a la puerta; previamente les había sido concedida una cita. Muy lejos estaban de imaginar nuestros dos amigos visitantes lo que oírían y verían aquella memorable mañana.

“Su Alteza Serenísima” se apareció en el umbral de la puerta previo a un fuerte estremecimiento sentido en las duelas y que hizo retumbar con suavidad la casa. Por cierto que en su residencia nada se ve en ella que recuerde por el lujo y la riqueza al fastuoso presidente. Un sofá y algunas sillas cubiertas con brocatel de colores amarillo y verde, una modesta alfombra, un pequeño piano, algunos juguetes de cristal y porcelana colocados sobre una mesa de mármol y en las paredes, frente a frente, dos cuadros, uno al óleo que representa al vencedor de Tampico, montado en un fogoso caballo, y el otro, un magnífico retrato al pastel, que supuse, sería el de la Sra. Tosta de Santa Anna, he aquí los muebles de aquella habitación, que parecen ser más bien la de un honrado comerciante retirado de los negocios. Varias personas aguardaban al general, que no salía aún de las piezas interiores.

“La puerta se abrió y vimos salir por ella a un anciano de elevada estatura, de cabeza erguida, vestido con el traje tradicional, compuesto de un ancho pantalón blanco, chaleco de seda amarillo claro, casaca azul con botón de águila dorada, y

corbata blanca. Don Antonio López de Santa Anna se encontraba frente a nosotros.

A pesar de las arrugas que surcan su semblante, y de los pocos cabellos que cubren su cabeza, su paso, aunque lento a causa del pie que le falta, firme y seguro, y su cuerpo erguido y que aún promete resistir algún tiempo a los embates de la edad, hacen que, a primera vista, no represente más que sesenta años. Su cabello, aunque escaso, está todavía negro, y, no obstante el peso de la pierna de palo, camina sin bastón ni sostén alguno.

Después de haber saludado con la mayor cortesía a todos los que allí nos encontrábamos, y de abrazar afectuosamente a un antiguo oficial de inválidos, a quien llamó mi ‘veterano’, fue a tomar asiento en el sofá, y comenzó a informarse con interés de todos sus antiguos compañeros de armas.

- He vuelto a México -dijo- porque el suelo de mi patria me atraía. Cuando las personas con quienes vivía en el extranjero me preguntaban por qué los abandonaba: ‘Vaya reunirme con mi pie’, les respondía. Me encuentro en un país casi extraño: todo me sorprende. Cuando llegué a Veracruz y preguntaba por algunos de mis amigos, la respuesta era siempre la misma: ‘Muerto’. ¡Dios mío!, exclamé, una generación entera ha pasado sobre mí. Como los montones de arena en el desierto, que se forman grano a grano, así se han hacinado los años sobre mi cabeza. Un anciano de barba blanca que me abrazó en Veracruz es un ahijado mío, quien sostuve en las pilas bautismales el año de 1822. No tengo ya ambición de ninguna clase: soy enteramente neutral entre todos los partidos, y vengo, como dije a mis huéspedes en los Estados Unidos, a reunirme con mi pie.

Sentado, con la mano apoyando su mentón expresó: ‘Yo la creía perdida (se refería a su pierna) cuando el pueblo la arrastró por las calles el 6 de diciembre aquél; cuando he aquí que ayer se me presentó una señora diciéndome que su esposo, que fue un antiguo coronel del ejército, lo habían recogido, encargándole que si volvía yo al país me la entregase: esta acción es tanto más digna de elogio, cuanto que siendo yo presidente el año de 1853, no se me devolvió esa parte de mí mismo por temor de que creyese aquello una adulación’.

“Y el anciano general se restregaba las manos, de esa manera que es habitual en él.”

“Le preguntaron por el estado de su salud y contestó:”

“- ‘Estoy fuerte todavía, a pesar de los setenta y seis años que cumplí el 21 de febrero. Aún no se presenta la enfermedad de que he de morir. Mi inteligencia está expedita; la memoria, que es lo primero que pierden los viejos, está en tan buen estado, que me acuerdo de los incidentes más insignificantes de mi vida de cadete. Para escribir mis memorias, que forman ya cincuenta y cuatro pliegos, no



he tenido necesidad de consultar ningún documento. Todo está vivo aquí -dijo dándose una palmada en la frente-. ¡Ah! si no fuera por el pie, que tanta falta me hace, estaría aún en mis treinta años. Físicamente he envejecido pero mi corazón y mi cabeza son jóvenes aún.’ -y al decir esto, desaparecían las arrugas de aquel rostro, y su fisonomía tomaba cierta animación”.

“-Todavía me acuerdo, cuando en la casa número 14 de la calle de Tacuba, me hizo el doctor Monteagudo prestar juramento sobre los Santos Evangelios, de defender la independencia de la Nueva España. Esto pasaba en 1820. Partí para Veracruz a esperar órdenes, y, dos meses después, me insurgenté en la Soledad con mil ochocientos jarocho, doscientos setenta y seis infantes y una pieza de a cuatro. Entonces era yo hombre”.

La conversación sobre la tan llevada y traída extremidad continuaba interesante y sabrosa hasta que un ruido la interrumpió. Ante los ojos azorados de los presentes, una mujer se presentó ante el viejo ex dictador cubriendo algo con su rebozo. Acto seguido le hizo entrega a Santa Anna de una caja que de inmediato fue abierta ante los atónitos mirones:

Era su pierna que, después de muchísimos años volvía a poder de su natural dueño. Estaba perfectamente momificada y hasta conservaba las uñas de los dedos.

Quién hubiera acertado casualmente a pasar por las calles de Vergara, aquella mañana de 1874, el 15 de marzo para ser exactos, observaría a varias gentes huyendo materialmente de aquella casa, con la cara untada de amarillo miedo y los ojos saliéndose de sus cuencas...

Blas Pavón por su parte, se lamentaría en sus memorias lo que le ocurría también a su pierna -y a su mujer- no obstante estar al servicio de muchos gobiernos, entre ellos, el de Santa Anna, desde luego:

En el año de 1820 contraje matrimonio -dice Blas- en la iglesia de Loreto con doña María Tostado, que fue señora de Pavón por corto tiempo, ya que al año de casados me dejó por un teniente del ejército trigarante. Fue ésa mi única contribución a la sagrada causa de la Independencia de mi patria, pero también quedé escamado, y no volví a fincar relaciones estables. Temí pagar un tributo parecido cada vez que un nuevo libertador hiciera su entrada triunfal en la capital, y preferí ejercer el amor sin ese requisito, con sencillez republicana.

De niño cogí una infección en el hueso que estuvo a punto de costarme la pierna izquierda, pero afortunadamente los médicos pudieron detener el mal, y sólo me quedó delgaducha como una vela, y algo más corta que la derecha. A esta

feliz circunstancia debí no mezclarme en guerras, cuartelazos o motines, salvo mi breve intervención en la batalla de Cerro Gordo, contra los americanos. Nada más. Tratándose de cojos, supuse que Santa Anna satisfaría ampliamente las aspiraciones de los mexicanos. Por eso, por mi cojera y hábitos sedentarios, fui durante mi vida un burócrata holgazán, al servicio de todos los gobiernos, desde el virreinal hasta el último de Santa Anna, en cuya época se me concedió una pensión de retiro que nunca me pagaron por cierto. Empleado al servicio de todos los gobiernos, tuve sin embargo opiniones personales sobre la política y los hombres de mi país, que guardé celosamente hasta consignadas en estos pliegos, que no sé en qué manos pararán al fin.

Posiblemente algún sujeto superficial me considere un simulador, pero yo no tengo para mí que la simulación es una forma de la conducta que no se compadece con la modesta estatura moral de un empleado público. ¿Simulador por servir a gobiernos que me asignaban sueldos de cuatro reales, que generalmente me quedaban a deber? ¡Bah! Yo he llevado una vida perfecta, sin haber hecho nunca mal ni bien. He vivido a mi modo y dejado vivir a los demás, lo que es una importante virtud cívica en este país. He pensado mucho por añadidura. Mucho. También un modesto escribiente de segunda puede permitirse lujos de filósofo, sobre todo si su mujer se larga con un teniente del ejército de las Tres Garantías, ninguna de las cuales me sirvió para maldita la cosa.

¡Quién lo dijera! Santa Anna y su pierna; Blas Pavón y su pierna; ambos casados con damas de apellidos parecidísimas ¿coincidencia?

Terminada la visita, Santa Anna, para entretenerse un poco antes de la comida procedió a examinar un viejo hato que contenía copias de su correspondencia particular, recortes de periódicos, escritos oficiales, constancias de condecoraciones. Sin querer, dos documentos cayeron al suelo; el primero, un recorte del periódico “La Pata de Cabra”; el segundo, copia de una carta que él había enviado a Maximiliano el 22 de diciembre de 1863.

La mente del general recordó muchas cosas al leer:

... Sabemos de positivo que el nunca bien ponderado Santa Anna al marcharse de esta capital “se olvidó” entre otras cosas de pagar al repostero 300 pesos que importó el refresco con que el serenísimo señor obsequió a los convidados cuando fue padrino de un hijo del ministro francés. Esta es una acción propia de un caba-
llero... de industria.



Para saquear los conventos
no iba en coche que iba en posta
la señora doña Dolores Tosta.

Para recibir regalos
fue verdadera langosta
y los recibió no malos
S.A. femenina la Señora Presidente
doña Dolores Tosta.

Para recibir era ancha
y para dar, angosta
doña Dolores Tosta.

En rosarios y novenas
hizo su agosto y su agosta
y les daba berenjenas
doña Dolores Tosta.

Todo fiel cristiano
está muy obligado
a tener devoción.
de todo corazón
al enorme avestruz
enemigo de la luz,
su Alteza Serenísima
López de Santa Anna

¡Ave María Purísima!
Las cuatro y sereno.
¿No hay quién dé veneno
a su Alteza
Serenísima?

Adivinanza

Es santa sin ser mujer,
es hombre sin ser cabal,
es rey sin cetro real

y sultán al parecer.

Que él vive debemos creer
aunque ya parte en el sepulcro está
y la otra dándonos guerra
será cosa de la tierra
o si el demonio será.

La carta al archiduque decía:

Señor: Al llegar a mí noticia que un considerable número de mis compatriotas, movidos del más puro patriotismo, fijaba su vista en V.A.I., llamándolo al trono de México, mi alma reboseó de contento. Si me hubiera encontrado en posibilidad de seguir a la Comisión mexicana, V.A.I. habría oído por la voz de uno de los próceres de la independencia, por el que ha ocupado tantos años el primer lugar entre sus conciudadanos, ratificar lo que el digno presidente de ella expresaba con tanta elocuencia como sinceridad.

Sí, señor: al tener el honor de saludar a V.A.I. como emperador de México, secundando el voto de mis compatriotas, al ofrecerle respetuosamente mis débiles servicios, puedo asegurarle, sin lisonja, que mi adhesión a su augusta persona no tiene límites; y ya que la distancia me ha privado de la satisfacción de verme en su presencia, mi pluma suplirá ese deber desde este lugar de mi residencia: las expresiones de mis sentimientos acójalas V.A.I. con la benevolencia que le es propia.

Puedo también asegurar a V.A.I. que la voz que en México se levanta proclamando su respetable nombre no es la de un partido. La inmensa mayoría de la nación aspira a restablecer el Imperio de los Moctezumas con V.A.I. a la cabeza, persuadida de ser el único remedio que puede curar los graves males de la sociedad, la última áncora de sus esperanzas. Acoja, pues, V.A.I., con absoluta confianza, el voto entusiasta de los mexicanos, seguro de ser recibido con las muestras de amor y del más profundo respeto, persuadiéndose a la vez que sólo su agradable presencia bastará para que la concordia asome por todas partes. La ocasión es propicia; V.A.I. puede hacer la dicha de los mexicanos colocando su nombre entre los héroes que la posteridad bendice.

El vasto, hermoso y rico suelo de México abunda en elementos para ser el primer Imperio del Continente Americano; por consiguiente, no es un poder ridículo con el que se brinda a V.A.I. Verdad es que el país ha sufrido la anarquía de medio siglo; pero, bajo los auspicios de la paz con el gobierno paternal, justo e ilustrado,



sus quebrantos se repararán en pocos años, y será la admiración del mundo. ¡Plugiése al cielo que así lo viera antes de terminar mis días!

Dignase V.A.I. reconocer, en el decano del ejército mexicano, a un adicto y desinteresado amigo, y al más obediente servidor que le desea las mayores felicidades, y atentamente B.L.L.H.MM. de V.A.I.

Santo Tomás, diciembre 22 de 1863 A. L. de Santa Anna.

El único testigo de aquella muda escena fue su propia pierna, yaciente en ruda caja de madera, esperando segura de unirse a su natural dueño en el polvo de los tiempos...

Imposible olvidar también los años de 1848 a 1854. Las crónicas bien lo decían que “nunca como entonces se vieron mayores absurdos, montones de onzas de oro sobre mesas de juego arriesgando fortunas a un albur, viendo la pérdida o la ganancia con frialdad, sentados alrededor de la mesa militares, curas, empleados de rango, prestamistas, prostitutas, distinguiéndose entre todos a su Alteza Serenísima que tanto en los albures como en las peleas de gallos era toda una potencia, perito en trampas y en lenguaje soez celebrando la plebe su desparpajo. Cada vez que el general presidente perdía ordenaba a su secretario de Hacienda que le proporcionara más dinero, hasta que este funcionario, lleno de pena, se atrevió a decir al sátrapa de Santa Anna a qué partida anotaba esas cantidades que le había entregado, obteniendo por respuesta “a la de su respetada madre” con una sonora carcajada de la multitud heterogénea que rodeaba al gran general. Todo esto se efectuaba en San Agustín de las Cuevas, actual Tlalpan.

Al atardecer Santa Anna abandonaba esos parajes y entonces despuntaba el baile, galopas, cuadrillas con desenfreno y desvergüenza. Por fin se había retirado “Quince uñas” como le apodaban a don Antonio. Este se solazaba en despreciar al pueblo y en imponer su voluntad y el Palacio Nacional era el centro de tahúres, prestamistas, celestinas, anzuelos que sacaban buena ganancia.

Entre los homenajes que se le hacían a Santa Anna los que marcaban época eran los festejos del día de su onomástico: banquetes, serenatas, bailes y siempre había un número espectacular, uno de ellos fue el dar libertad a texanos para recordar su acción militar de esa época.

Las notas luctuosas y de matrimonio se celebraban con gran pompa. Habiendo enviudado Santa Anna, la capital se vistió de luto, las campanas de los templos de toda la nación repicaron “a difunto” hora por hora durante varios días sin interrupción, duelo de comparsas de empleados serviles, misas celebradas por obispos con asistencia de su Alteza Serenísima cubierto con capa tachonada de estrellas y

derramando copiosas lágrimas y teatralmente dando en esos momentos el importe de cientos de misas para lograr el eterno descanso del alma de su difunta, banderas a media asta y oficinas cerradas varios días. Contraste grotesco fue el que siguió, pues precisamente a los cuarenta días de tan sensible acontecimiento don Antonio se volvió a casar con la señorita Dolores Tosta, bella mujer, rica y distinguida que acompañó a su marido hasta la muerte.

Enojo, insultos, melancolía, levantamiento, inconformidades se sucedían entre el pueblo pues su manía por las leyes y decretos era prolongada y sin medida. De dolor a risa movían sus disposiciones para expedir pasaportes para transitar fuera de la población de residencia como si se tratara de pasar fronteras internacionales; la regularización de trajes que deberían usar los gobernadores, alcaldes y otras personalidades del gobierno; impuestos mil para las ventanas, macetas, puertas tanto así que tuvo que editar un libro para consulta de los contribuyentes; creó nuevas condecoraciones entre ellas la famosa Orden de Nuestra Señora de Guadalupe y en lo que respecta a su persona empezó a sentirse algo así como emperador, para lo cual sus serviles y aduladores se empezaron a poner de acuerdo y sólo el señor Santa Anna les concedió que aceptaría el título de Alteza Serenísima y no el de emperador, luciendo en vez de corona una capa roja cubierta de estrellas nombrando a su vez una corte con las familias de la más rancia aristocracia.

“Es curioso cuan frecuente es encontrarse una apariencia de filosófica resignación y de plácida tristeza en el semblante de los hombres más sagaces, más ambiciosos y más arteros; se le notaba una expresión de angustia en la mirada especialmente cuando hablaba de su pierna, amputada debajo de la rodilla. Hablaba de ella con frecuencia, como Sir John Ramorny de su mano ensangrentada, y al contar la manera como le hirieron, y alude a los franceses, su semblante adquiere el mismo aire de amargura que debe haber tenido el de Ramorny cuando hablaba de ‘Enrique el Herrero’. Habló mucho de los Estados Unidos y de las personas que allí ha conocido. Vimos después las dependencias y las oficinas y también el caballo de batalla predilecto del general, un viejo corcel blanco quizá un filósofo más sincero que su amo...”

Así se expresaba la marquesa Calderón de la Barca en la visita que hacía a don Antonio López de Santa Anna en su famosa hacienda de Manga de Clavo, cuando por enésima vez había dejado de ser presidente.

-¡Qué bien escribe la reina! -había exclamado el dictador cuando el señor Calderón le entregaba una carta que la propia soberana había escrito en el supuesto de que Santa Anna era todavía presidente...

Santa Anna despidió a sus invitados. “Como teníamos pocas horas de que disponer -escribe Madame Calderón- el general mando traer dos carruajes construi-



dos en los Estados Unidos...” Quedamos agradablemente burlados al ver un hermoso coche nuevo hecho en los Estados Unidos, tirado por diez hermosas mulas y conducido por un hábil cochero yanqui...

Los ojos del viejo dictador vieron desaparecer en la lejanía a los visitantes. Una pequeña nube de polvo era el último signo de aquella partida.

Su cochero americano le hizo recordar a un caballero inglés que hacía más de 10 años se había presentado con él, a pedirle los estados de Texas y Coahuila, además de un millón de pesos, para realizar sus proyectos.

Era el señor Owen, aquél refinado filántropo inglés que tenía una colonia socialista en Indiana y proyectaba otra en Rusia.

Santa Anna recordaba su insistencia personal, así como aquellas cartas de Inglaterra, despachos diplomáticos, cables, etc., con los que Owen bombardeaba materialmente no sólo a él sino a quienes ocupaban la silla presidencial alternativamente.

Recordaba haber visto una nota diplomática enviada por don Vicente Roca-fuerte representante mexicano en Londres hacia 1828 que decía, entre otras cosas:

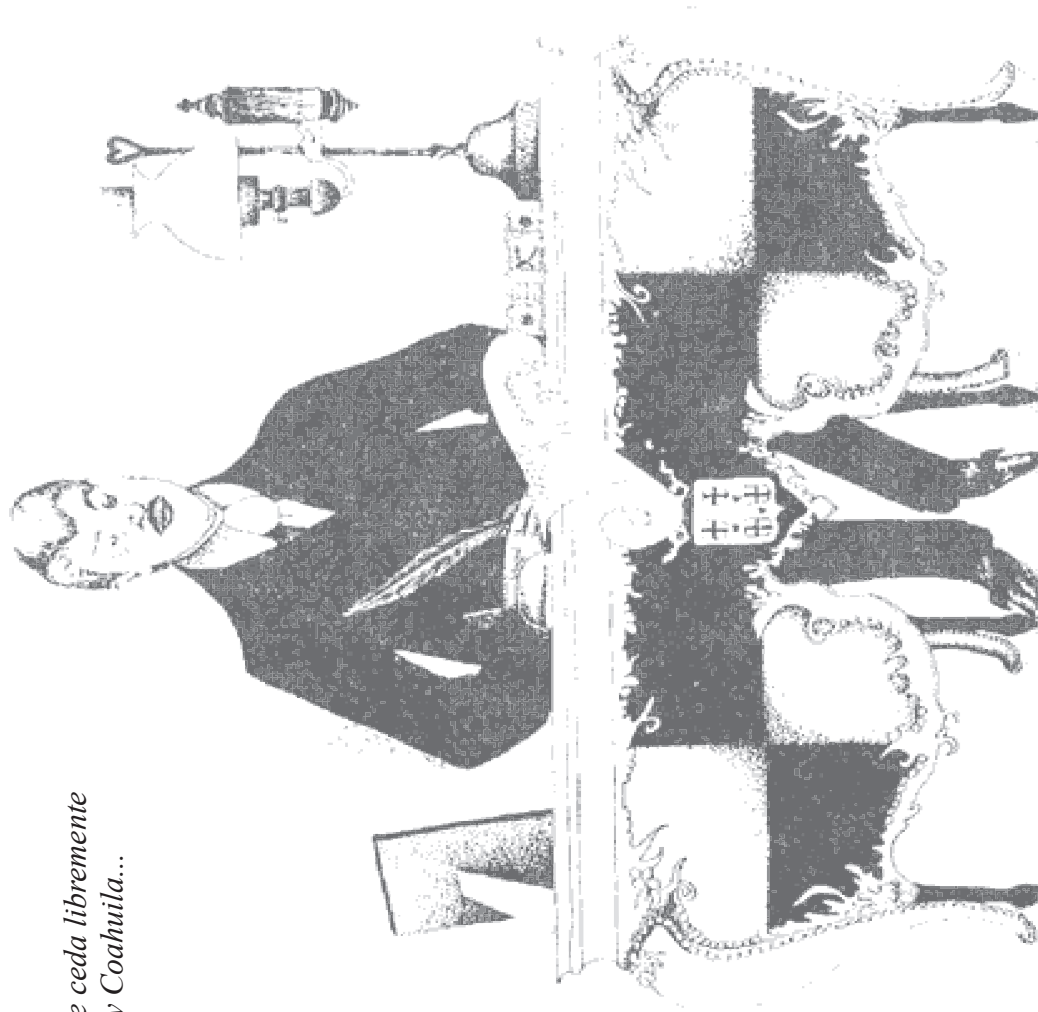
“... Mr. Owen, sujeto muy conocido por sus ideas filantrópicas, por su mérito para el establecimiento de Colonias y su perseverancia en introducir un nuevo sistema social mejor calculado que el actual, para promover la felicidad del hombre, me ha presentado la solicitud que tengo el honor de remitir a V.E. Como su plan es demasiado vasto, y no está suficientemente determinado ni contraído a un objeto de inmediata utilidad, no he fomentado sus esperanzas de éxito. Aunque convengo en la exactitud de sus ideas, la hermosura de su teoría, me parece impracticable en el estado actual de nuestra población. El pide que el Gobierno le ceda la Provincia de Texas para hacer sus ensayos morales que tienen por objeto abolir las rivalidades comerciales; los odios políticos y religiosos, fixar la paz p. medio de la abundancia la que circulará en todos los rangos de la sociedad con la feliz aplicación del trabajo y de la Industria dirigida p. las ciencias y progresos de la actual civilización. Yo le he prevenido que su solicitud es inadmisibile, y que desde ahora debe contar con la negativa del Gobierno; a pesar de todo él piensa marchar por el próximo paquete. Yo sentiré que emprenda un viaje tan largo sin la menor esperanza de realizar su proyecto, que aunque es muy hermoso, muy plausible, y muy filantrópico en el papel es inverificable en la práctica.”

También recordaba con toda claridad la carta de Owen ya traducida al español y que le hacía reflexionar de manera curiosa. Decía Owen:

“El que suscribe pide que se ceda libremente la provincia de Texas y Coahuila a una sociedad que se formará con el fin de realizar este cambio radical en la raza humana, garantizando la independencia de aquella provincia la República Mexi-



*El que suscribe pide se ceda libremente
la provincia de Texas y Coahuila...*





cana, los Estados Unidos y la Gran Bretaña; y lo pide por las consideraciones siguientes:

“1.-Que es una provincia fronteriza entre la República Mexicana y los Estados Unidos, que están ahora colonizándose con circunstancias que pueden producir rivalidades y disgustos entre los ciudadanos de ambos estados y que muy probablemente, en una época futura, terminarán en una guerra entre las dos repúblicas. “Sólo esta consideración, según opinan muchos estadísticos de experiencia, haría que fuera una medida juiciosa que México aceptara para la provincia el nuevo arreglo que se propone.

“2.-Que esa provincia, colocada bajo el régimen de esta sociedad, se poblaría pronto con gente de costumbres, educación e inteligencia superior, y cuya mira principal sería no sólo conservar la paz entre las dos repúblicas, sino demostrar los medios por los cuales las causas de la guerra entre todas las naciones desaparecerían, quedando asegurados para cada uno de los fines que se esperan obtener con la guerra más afortunada.

“Que el progreso se iniciaría en ese nuevo Estado con la introducción en él de gran número de individuos, escogidos por su superioridad en industrias, habilidad e inteligencia, contribuiría a que se hicieran también rápidos progresos en las ciencias y en el verdadero saber en todos los estados de la República de México y en las repúblicas vecinas suyas, con lo cual adelantaría de un modo desconocido hasta hoy en el camino de una nueva civilización tan superior a la antigua como lo es la verdad al error.

“Y por último: que una población instruida y de buena índole será de más utilidad y de más importancia para la República de México que un territorio sin gente o con una población de carácter y conocimientos inferiores.

“Es de esperarse también que el nuevo gobierno modelo demostrará pronto que todos los nuevos estados tienen más territorio del que pueden poblar u ocupar por muchos siglos.

“Por estas razones y estas consideraciones, el que suscribe abriga la esperanza de que hay causa plena y suficiente para conceder la provincia de Coahuila y Texas a la sociedad, cuya constitución y naturaleza va a explicar...”

Santa Anna, sin abandonar aquellas escenas mentales, rengueando entró en la casa de la hacienda. Anochecía. El aire suave y perfumado del ambiente le hacía sentirse mejor. A través de la ventana la silueta de las palmeras y los plataneros hacían efectos de sombras siniestras.



*En New Lanark ...los hombres no son pendencieros
ni las mujeres discutidoras...*



Intentó leer pero la débil luz mortecina de la vela y su vista fatigada se lo impedían. Nuevamente la cara del cochero americano y la del filántropo inglés se confundían por momentos.

Antes de cerrar los ojos para dormir, volvió a pensar en Owen; él mismo se extrañaba de la negativa que le había dado a sus proyectos.

Era -pensó para sus adentros- una muy curiosa visita. Acto seguido, el dictador dormía profundamente... aunque sería despertado, frecuentemente, por terribles pesadillas.

§ § §

Pasan los años, otra vez México, otra vez la calle de Vergara. Su salud parecía perfecta excepto carecer de la vista y estar sordo. Un médico amigo le sugirió extirparle las cataratas a lo que Santa Anna contestó dramáticamente: "... se lo agradezco mucho; prefiero seguir en este estado para no ver tantos ingratos y seguir sordo para no escuchar tantas lisonjas de las que estoy fastidiado. . ,"

La noche del 20 de junio de 1876 suplicó a su esposa le dejase dormir todo lo que quisiera esperando pasar una noche feliz...

Se le enterró con levita negra y todas sus condecoraciones. Muy pocos lo acompañaron a su tumba. No hubo oración fúnebre.

§ § §

En la parroquia de Xalapa, el 22 de febrero de 1794 años Don Blas Nicolás Cortéz, con mi licencia, bautizó solemnemente a Antonio de Padua, María Severino, de un día nacido, hijo legítimo del Licenciado Don Antonio López de Santa Anna y de Doña Manuela Lebrón; fue su madrina Doña Margarita Antonia Cortés, a quien le advertí su obligación y parentesco espiritual. Abuelos paternos Don Antonio López de Santa Anna y Doña Rosa Pérez de Acal; y maternos; Don Antonio Pérez Lebrón y Doña Isabel Cortés y para que conste lo firmó. Blas Nicolás Cortés. Sagrario Metropolitano de Jalapa, Ver.

Don Porfirio socialista?

Fama, aquella malvada se apellida

Eneida, libro IV.

París, julio 1915. Se pasaba el tiempo mirando al través de la ventana. Casi no recibía visitas. Quien acertara al pasar por su casa seguramente no le reconocería. El tiempo no pasaba en balde. Sus paseos a pie por los Campos Elíseos o a caballo bajo el fresco viento matutino parisino tuvieron que ser suspendidos por órdenes de su médico.

Su amigo Teodoro Dehesa le platicaba las noticias de México y él a su vez le comentaba cuando el Kaiser Guillermo de Alemania lo sentó junto a él para presenciar unas maniobras militares o cuando fue recibido por el gobierno inglés en El Cairo. O su indignación al saber del desembarco en Veracruz de marinos americanos, acontecimiento que le hizo presentarse, ya octogenario, del brazo de su hijo en la Legación de México en París, para ofrecer sus servicios militares poniéndose a las órdenes del representante diplomático mexicano...

En los últimos tiempos cuando raramente salía de su casa para pasear un poco, sus ojos se llenaban de lágrimas; así, en una ocasión su médico le preguntó el porqué de su estado depresivo.

“He sufrido al regresar de mi paseo -contestó- porque vi que llegaba a su cuartel un batallón y presencié cómo se rendían los honores debidos a la bandera. Me detuve para presenciar todo ese sugestivo espectáculo y cuando había penetrado al cuartel hasta el último soldado, pensé en que yo también soy soldado, general, pero sin mando de fuerza, sin bandera, sin patria...”

Lágrimas y recuerdos. Oaxaca, México, París...

Por aquellas épocas, en el México agitado, la sabiduría y humor populares hacían decir:

¿a qué grado estamos?



Porfirio Díaz.....	Emi-grado
Partido católico.....	Retró-grado
Emilio Vázquez Gómez.....	Desinte-grado
Francisco Vázquez Gómez.....	Cero-grado
Bernardo Reyes.....	Malo-grado
León de la Barra.....	Lo-grado
Emiliano Zapata.....	Anti-grado
Francisco I. Madero.....	33-grado
Manuel Bonilla.....	Desa-grado
Tío Sam.....	Ale-grado
Pueblo mexicano.....	Fre-grado.

Años antes de estos acontecimientos, un hombre era recibido con las siguientes palabras:

“Vuestra visita a esta capital es un preludio de bienanzas y una visión suprema de lontananzas azules...”

... O comentando en ciertos círculos:

“¿Porfirio Díaz? ¿No es una muy buena persona? ¿Isn’t? “¡Díaz, el pacificador, el más grande pacificador, más grande que Roosevelt!

“Hombre Fuerte de las Américas -dice Anita Brenner- reconocido como tal por todo el mundo, y su nombre era Porfirio Díaz de México. Cada vez que resumía su posición dictatorial, el Kaiser, el Mikado, todos los potentados Importantes, le enviaban mensajes de alegre felicitación. Financieros, industriales, ilustres hombres públicos, felicitaban al pueblo de México regularmente por su existencia. Elihu Root les aconsejaba rendir reverencia a don Porfirio. Escritores y oradores multilingües lo aclamaban como el salvador de su país, el severo y sabio padre de su pueblo. Un genio. Un coloso. Insondable. Incomparable. Irreemplazable.

“El anciano había estado sentado durante treinta y cuatro años, con un breve intervalo, en la silla presidencial. Alrededor de él, como querubines y serafines en una pintura religiosa, había un grupo de cortesanos, hombres de edad madura que de tiempo atrás habían acabado con la política, dedicándose a alentar los negocios.

“A su derecha -pálido, escrupuloso e impecable como un sueño de algún buen sastre- rondaba don José Ives Limantuor, primado del *sancta sanctorum*, Secretario de Hacienda. Respetuosamente cerca de la silla, se arrodillaban trayendo regalos y testimonios, un selecto y pequeño grupo de hombres de negocios, llamado

el Círculo de Amigos de Porfirio Díaz. Cerca de Limantour había otro pequeño grupo, también selecto, compuesto principalmente de extranjeros, apodados por los americanos ‘*The Full Car*’ (el carro completo). Más allá, por todas partes, terratenientes, altos dignatarios de la Iglesia, jefes de casas extranjeras, concesionarios y sus prósperos abogados mexicanos, ensalzando sin fin las bendiciones que emanaban de la paz porfiriana...”.

¿Porfirio Díaz? ¿No es una muy buena persona?

§ § §

“Mi muy querido padrino:

... Desde mi matrimonio estoy constantemente rodeada de una multitud de aduladores, tanto más despreciables cuanto que no los aliento. Sólo les falta caer de rodillas y besarme los pies, como les sucedía a las doradas princesas de Perrault. Desde la comisión de limosneros que me presentaron ayer hasta el sacerdote que pedía una peseta para cenar, ascendiendo o descendiendo la escalera, todos se mezclan y se atropellan implorando un saludo, una sonrisa, una mirada. Los mismos que en un tiempo no muy remoto se hubieran negado a darme la mano si me vieran caer en la acera, ahora se arrastran como reptiles a mi paso, y se considerarían muy felices si las ruedas de mi carruaje pasaran sobre sus sucios cuerpos. La otra noche, cuando tosía en el pasillo del teatro, un general que estaba a mi lado interpuso su pañuelo para que la saliva, en preciosas perlas, no cayera en el piso de mosaico. Si hubiéramos estado solos, es seguro que esta miserable criatura hubiera convertido su boca en una escupidera. Esta no es la exquisita lisonja de la gente educada; es el brutal servilismo de la chusma en su forma animal y repulsiva, como el de un esclavo. Los poetas, los poetas menores y los poetastros, todos me martirizan a su manera; es un surtidor de tinta capaz de ennegrecer al mismo océano. Esta calamidad me irrita los nervios hasta el punto de que a veces tengo ataques de histeria. Es horrible, ¿verdad, padrino? Y no te digo nada de los párrafos y artículos publicados por la prensa que papá ha alquilado. Los que no me llaman ángel, dicen que soy un querubín; otros me ponen a la altura de una diosa; otros me ponen en la tierra como un lirio, una margarita o un jazmín. A veces yo misma no sé si soy un ángel, un querubín, una diosa, una estrella, un lirio, una margarita, un jazmín o una mujer ¡Dios! ¿Quién soy yo para que me deifiquen y envuelvan a esta nube de fétido incienso? Ay, padrino, soy muy infortunada y espero que no me negarás tu perdón y tu consejo”.

Así escribía doña-Carmelita a su padrino don Sebastián Lerdo de Tejada el primero de enero de 1885. Probablemente la dama pensaría con Jules Renard



quien diría que se colocan los elogios como se coloca el dinero: para que nos sean devueltos con intereses...

Al fin y al cabo había contraído matrimonio con un hombre que había tenido un aprendizaje muy curioso; tan curioso como sus antecedentes de estudiante de teología, derecho y su afición a las armas desde niño:

“Mi madre se afligió mucho, me consideró un muchacho perdido...” Cuando vi que mi madre lloraba y se apenaba mucho por mi resolución, le dije que había cambiado de propósito, que aceptaría lo que ella quisiera... entonces reponiéndose tanto como pudo en su semblante y dándome una prueba de abnegación, me hizo notar que me vendrían grandes dificultades, puestas las cosas como estaban de no seguir la carrera eclesiástica, porque en ese caso perdería la capellanía que se había ofrecido, la beca de gracia que se me iba a dar en el Seminario y de la categoría de S. Bartolo que eran las más estimadas, y eso para mí era mucha pérdida y especialmente para ella. Sin embargo, de todo esto ella me estimulaba a no seguir la carrera eclesiástica sino la que más me agradara, y decidido ya a abandonarla, tomó mi madre a su cargo la tarea de notificar mi resolución al Sr. Domínguez, lo cual era para mí muy terrible.

Claro que se afligía, sobre todo cuando sus calificaciones hablaban por sí mismas:

Año escolar de 1846.

Medianistas que se presentan para pasar al curso de Artes:

En primer lugar se encuentra:

“Dn. José Porfirio Díaz -Excelente”.

Año escolar de 1847.

“los filósofos de primer año presentaron á examen los tomos 1 y 2 de la obra de R.P. Fr. Francisco Jacquier”.

“Manteísta Dn. Porfirio Díaz -Excelente”.

Año escolar de 1848.

“Los filósofos de segundo año presentaron a examen los tomos 3 y 4 de la obra de R.P. Fr. Francisco Jacquier”.

“Manteísta Dn. Porfirio Díaz -Excelente”.

Año escolar de 1849.

“Los filósofos de tercer año presentaron á examen la obra del R.P. Fr. Francisco Jacquier; exceptuando la ‘Teoría de la Luz’, que explicaron por el sistema moderno”.

”Manteísta Dn. Porfirio Díaz.- Excelente *Nemine discrepante*”.

Méritos literarios:

“El Sr. Catedrático Dn. Macario Rodríguez , deseando condecorar a sus discípulos que concluyeron el curso con aprovechamiento, hizo la asignación de los lugares en la forma siguiente”:

Segundo lugar *in oblicuo*, número 3, Dn. Porfirio Díaz. Esta partida que la expido a petición del C. Juan Sánchez, está en todo conforme con el original al que me remito y va sin enmienda.

Oajaca á 12 de agosto de 1804. El secretario- Epidéforo Martínez – S.C.M.- Una rúbrica- Vo. Bo.- El rector José Uríz.- Una rúbrica.

Y el dos de enero de 1854- justo día en que Santa Anna clausuró el Instituto donde estudiaba Don Porfirio – éste último se presentaba al Examen General de Derecho:

El secretario del Instituto de Ciencias y Artes del Estado de Oaxaca, bajo protesta de ley, CERTIFICA que en el archivo de la oficina que es á su cargo existe el libro que lleva el título “LIBRO SEGUNDO DE CALIFICACIONES” y en él se consta que el Señor General Don Porfirio Díaz fue examinado y aprobado en las materias que á continuación se expresan:

Diciembre 31 de 1850. Dibujo.-Aprobado en primer grado, *Nemine discrepante* y Superior lugar.

Diciembre 31 de 1850. Francés.-Aprobado en primer grado, *Nemine discrepante*.

Diciembre 31 de 1850.-Derecho Natural, de gentes y romano, primer año. Aprobado en primer grado, *Nemine discrepante*.

Diciembre 31 de 1850.-Derecho Público, primer año. Aprobado en primer grado, *Nemine discrepante*.

Octubre 23 de 1851.- Derecho Natural y de gentes. Aprobado en primer grado, *Nemine discrepante*.



Octubre 23 de 1851.- Derecho Canónico. Aprobado en primer grado,
Némine discrepante.

Noviembre 3 de 1852.-Derecho Civil. Aprobado en primer grado.
N.D.

Diciembre 5 de 1852.-Der~cho Civil. Aprobado, en segundo grado
N.D.

Diciembre 5 de 1852.-Derecho canónico. Aprobado en primer grado
N.D.

Diciembre 29 de 1853.-Exámen general de Derecho. Aprobado en pri-
mer grado por tres votos contra dos que resultaron en segundo.

Enero 2 de 1854.-Exámen general de Derecho. Aprobado en primer
grado.

Se hace constar que los estudios de Dibujo, Francés, Derecho Público, y De-
recho Natural y de gentes los hizo según el plan de estudios de 30 de Enero del
año de 1845 y los de Derecho Canónico, Derecho Civil y Exámenes generales de
Derecho según la ley de 29 de Julio de 1852.

Los Señores Directores que estuvieron al frente del Establecimiento durante el
tiempo que hizo Don Porfirio Díaz sus estudios son los que en seguida se expre-
san:

Señor Lic. Don Lope San Germán. De Enero á Octubre de 1856.

Señor Dr. Don Juan Nepomuceno Bolaños. De octubre de 1850 á
Agosto de 1852.

Señor Lic. Don Benito Juárez. De Agosto de 1852 á Enero de 1853.

Señor Dr. Don Juan N. Bolaños. De Enero de 1853 á Diciembre de
1855.

¿Y como militar?

Pues empezó usando la pólvora desde muy chico:

“Cuando era niño, enojado con su hermano Félix por algún hecho trivial, le puso pólvora en la nariz mientras dormía y le prendió fuego. Desde entonces se le llama a Félix el Chato Díaz.”

Quizá -decían- el humo de la pólvora le afectó el lagrimal pues tenía la costumbre de llorar mucho:

Dice John Kennet Turner que en efecto, los enemigos de Díaz afirman que es hábil para verter lágrimas con facilidad y a la más ligera provocación, y que esta habilidad es su mayor ventaja como estadista. Cuando algún visitante distinguido lo alaba en su persona o en su obra, Díaz llora... y el visitante se siente conmovido y conquistado. Cuando el círculo de amigos del Gral. Díaz hace la visita formal para decir a su creador que el país pide una vez más su reelección, el Presidente llora..., y la prensa extranjera comenta cómo ama ese hombre a su patria. Una vez al año, en el día de su cumpleaños, el presidente de México sale a la calle y estrecha las manos del pueblo. La recepción tiene lugar enfrente del Palacio Nacional, y mientras dura, corren lágrimas por las mejillas de Díaz..., y el pueblo, de buen corazón, piensa: “Pobre viejo; ha tenido sus dificultades, Dejemos que termine su vida en paz”.

Díaz siempre ha sido capaz de llorar. Cuando luchaba contra el gobierno lerdistas, en 1876, poco antes que llegase su día afortunado, fue derrotado en la batalla de Icamole. Creyó que esa derrota significaba el fin de sus esperanzas y lloró como un niño. Mientras sus oficiales lo miraban avergonzados. Esto le hizo ganarse el apodo de El Llorón de Icamole, que todavía le aplican sus enemigos. En sus memorias, Lerdo le llama “el hombre que llora”.

O en caso del capitán Clodomiro Cota que fue sentenciado a ser fusilado por un tribunal militar. Dicen que su padre buscó al presidente y arrodillado y llorando le suplicó que perdonase a su hijo. Porfirio Díaz también lloraba; pero, levantando al pobre hombre desesperado, pronunció esta ambigua frase: “Tenga valor y fe en la justicia”. El padre se marchó consolado, en la creencia de que su petición sería atendida; pero al día siguiente, su hijo era fusilado.

¿Porfirio Díaz? ¿No es una muy buena persona?

Manuel González (quien aquí mismo reaparecerá páginas más adelante) ocupó también la presidencia de la República y tuvo según dicen una carrera muy curiosa. El mismo Turner nos dice que Manuel González fue un compadre de Díaz que lo ayudó en sus rebeliones y a quien éste colocó como su sucesor en la presidencia, desde 1880 hasta 1884. Después que González hubo servido a los propósitos de Díaz en el gobierno federal, don Porfirio le regaló el gobierno de Guanajuato, donde reinó hasta su muerte. González gustaba de jactarse de que el



gobierno había matado a todos los bandidos de Guanajuato menos a él, que era el único bandido tolerado en ese Estado.

Cuentan de González que en cierta ocasión llamó a su hijo Fernando y le dijo:

–Júrame que cuando veas que la muerte se retrata en mi rostro me dirás: padre, ya es hora...

El hijo lo juró, pero no fue ésa su intención cuando le iba a dar su cucharada que había dispuesto el médico que tomara, diciéndole, “ya es hora...” se refería a la medicina, pero el general creyendo que se trataba del ofrecimiento pactado respondió con energía:

- ¿Ya es hora?, pues a morir -y efectivamente, en ese instante quedó muerto.

Algunos intelectuales de la época y críticos de Díaz decían...” Nunca lee, excepto recortes de prensa y libros acerca de sí mismo; nunca estudia, excepto el arte de mantenerse en el poder. No le interesa la música, ni el arte, ni la literatura, ni el teatro, que en México es importado de España, Italia y Francia; su literatura viene de España y Francia; su arte y su música son también importados. Hace un siglo florecía el arte en México; pero ahora está decadente, ahogado, lo mismo que su naciente literatura, por las espinas de la tiranía política”.

Pero, Porfirio Díaz ¿no es una muy buena persona?

“Después de Hidalgo, Juárez y Díaz ya no van a venir héroes máximos. Ya ellos señalaron la ruta: ahora lo único que se necesita es seguir el camino. Hidalgo nos enseñó a iniciar, Juárez a preservar, Díaz a edificar. Después de ellos ya no hacen falta gigantes; sino obreros”.

“Porfirio Díaz hizo lo que nadie había hecho y lo que nadie más volverá hacer. A su influjo los hombres se convertían en héroes y los héroes se transfiguraban en estadistas”. Esto decía Nemesio García Naranjo.

Francisco M. de Olaguíbel:

Señor, anciano y triste, tu gloria de vencido

ennobleció el destierro en el extraño hogar
poder, honores, méritos... todo quedó extinguido
el odio es una noche, la ingratitud un mar.

Te amortajó la onda inmensa del olvido,
ya nada de lo humano te puede perturbar
en la infinita sombra en donde estás dormido
señor, descansa... un día te iremos a buscar.

§ § §

Las tenues luces de la ciudad y el puerto de Nueva York desaparecían por momentos en la bruma. La mar estaba inquieta y con ella cientos de corazones palpitaban a su ritmo. Las familias veían poco a poco alejarse aquella ciudad contrastante en la que los nuevos inmigrantes andaban por sus calles vendiendo baratijas y lujosos transportes cruzaban sus ya congestionadas avenidas. Su barrio donde se daban cita las más variadas lenguas y religiones; sus espectáculos anunciando ser los mejores del mundo. Su sociedad, su pobreza, su opulencia. Nueva York, la capital del mundo. Nueva York, la tierra de esperanzas. Nueva York, donde se decía ¿cómo está usted? A diferencia de Inglaterra, donde se decía, sin ambages ¿quién es usted?

La expresión de Mark Twain.

“... Fue maravilloso descubrir América... pero hubiera sido más maravilloso no encontrarla...”

Quien hubiera acertado a pasar por el muelle en estos momentos descritos, seguramente divisaría en el horizonte un punto en lejanía, un barco alejándose de la bahía. Y si hubiera indagado más alguien, quizá algún malhumorado empleado de aduanas de Ohio, radicado en Nueva York le habría contestado:

Sí señor. En ese barco van muchos locos. Imagínese usted, van a México, a un lugar que no conocen, a fundar ¡una colonia socialista! ¡ Sheet!

Tres meses después, el mismo barco recorta su silueta fantasmal frente a la costa mexicana. A bordo del barco se escuchan expresiones de júbilo en diversas lenguas, con predominio de la inglesa.

Madres abrazando a sus bebés; viejos silenciosos masticando tabaco. Marineros tratando de conquistar a jovencitas sonrientes. Tipos patibularios hablando de tierras, Dios y dinero.

El capitán -con su gorra y pipa- haciendo las cuentas con varios individuos más o menos bien vestidos... pero todos, absolutamente todos (hasta el perro de la familia Smith) con una cierta expresión de esperanza en la mirada... Era el año de 1889.

Cierto tiempo atrás de estos acontecimientos, un nervioso y agitado caballero publicaba en la ciudad de Londres, bajo el nombre de *A Dream of a Ideal City* lo siguiente:

“El rico puede gozar de sus riquezas; pero, ¿quién podrá garantizarle que mañana, por una mala operación en sus negocios no puede quedar en la miseria?



...Madres abrazando a sus bebés.

“En la colonia socialista de Topolobampo, todos tendrán asegurado lo porvenir, y la diaria preocupación individual por la vida se transformará en preocupación por el mejoramiento colectivo, por el desarrollo de la ciencia y del arte”.

Ya en México, publicaría:

“... Con un pueblo como el mexicano, no hay reforma imposible; ninguna conquista de la moderna civilización está fuera de su alcance... La nave del Estado mexicano no ha dejado de hacer rumbo hacia un gobierno libre y democrático... Nominalmente se ha desembarazado de alianzas políticas extranjeras...’ Casi está libre de la plaga de corporaciones o grandes compañías nacionales o extranjeras... Puede comenzar a producir y puede comenzar a distribuir, con arreglo al progreso y a la equidad... Quitemos de la espalda del indio la carga que transporta; hagámosla llevar por los ferrocarriles del gobierno, y se operará un cambio mágico, sorprendente...”

Claro. Aquel nervioso y agitado caballero era (desde luego) Albert K. Owen habitante de la colonia Nueva Armonía, fundada por su homónimo de apellido y similar en ideas y esperanzas.

Albert tuvo que luchar mucho para ver convertido su ideal en realidad: fundar una colonia socialista en tierras mexicanas. Viajó, escribió, convenció. Una idea fija lo perseguía: convertir la bahía de Topolobampo, Sinaloa, México en un sitio de paz y bienestar. Sería la Nueva York del Pacífico, sin Wall-Street.

El barco sigue recorriendo la costa. A su paso se encuentra -al decir de Valadés- largas islas desiertas tras de las cuales se extienden enormes y apacibles esteros; lomeríos desnudos, como brotes mal dados de la naturaleza, iban quedando atrás, para luego alegrar el paisaje la sierra de Navachiste, a cuyas faldas crece una vegetación de exuberancia tropical.

Más adelante, al perderse la playa, los grandes acantilados de Punta Afara, primero y después los de Punta Copas. En el puente de mando, anotan: 25°36’ latitud norte, 109°04’ longitud occidental.

Y a poco que el barco continúa su marcha, los viajeros descubren el cerro de San Carlos, que es como el atalaya que indica la entrada a una bahía maravillosa que tiene nueve millas de longitud por cinco de anchura, y en la que un día cifraron las más altas esperanzas cientos de hombres que llegaban de diferentes partes del universo.

El mismo Owen no lo podía creer. Su mente se remontaba años atrás cuando era pequeñín. Le había llamado mucho la atención la personalidad fascinante de Robert Owen el inglés, el fundador en Indiana de Nueva Armonía, donde él mismo había intervenido en ese intento de colonia socialista.



Sensible a los problemas sociales de su tiempo. Albert había recibido desde chico los impactos de una sociedad injusta y problemática.

País de paradojas, los Estados Unidos tenían mucho que ofrecer al inmigrante, pero el impuesto que debía pagar a veces era demasiado alto. La sociedad americana no lograba librarse de viejos prejuicios y se estaba convirtiendo en forma paulatina en una mar pletórica de ínsulas diferentes, con diferentes dioses y un sólo Zeus bicéfalo: la prosperidad y el dinero.

Los diversos orígenes de los inmigrantes resultaban a veces tintes de orgullo o vergüenza, según las circunstancias y el caso.

Ambrose Bierce, sentenciaría, trágicamente: Mulato: hijo de dos razas que se avergüenza de ambas, olvidándose quizás con muchos otros de Hernando del Pulgar quien, podría contestarle, metafóricamente:

Dios no hizo razas, hizo homes

todos han salido igualmente puros de sus manos;

-Mager nacido de padres nobles, no lo es tal el

que no lo, muestra por sus fechas.

Norteamérica, Norteamérica, Norteamérica.

Uno de los rasgos más simpáticos de la sociedad norteamericana, dijo William Cobbet, es que los hombres no se vanaglorian nunca de su riqueza, ni disfrazan nunca su pobreza.

Al instalarse en una isla -señala Francis Grose-, el primer edificio que construya un español, será una iglesia; un francés un fuerte; un holandés, un almacén y un inglés una cervecería.

Pues los Estados Unidos fueron esa isla. Isla que en la época hervía de ideas, gentes, inventos, rarezas.

Hija recelosa de Inglaterra, la nación americana se debatía en ambivalencias culturales. Un querer ser y no ser inglés. Un tener al alcance de la mano la actitud inglesa y a la vez contradecirla a cada paso.

Los norteamericanos como los ingleses -diría Walt Withman-, son quizá la raza que peor hace el amor.

Sin embargo y en conjunto ambos pueblos a pesar de todo no perdían el hilo tenue de sus afectos y el orgullo insinuante de su cercanía. Emerson diría que el norteamericano no es más que la continuación del genio inglés. En nuevas condiciones más o menos propicias; aunque Bernard Shaw contraatacaría:

El norteamericano no tiene sentido
de la intimidad. No sabe lo que eso significa.
En el país no existe semejante cosa...

Los ingleses nunca serán esclavos; tienen la
libertad de hacer lo que les permite hacer
el Gobierno y la opinión pública...

Norteamérica, Norteamérica, Norteamérica.

Albert Owen lo vivió todo, lo vio todo, lo sintió todo. El impacto de las culturas, sus visitas a diferentes países, su orientación hacia todo aquello que tuviera que ver con el mejoramiento social le llamaba la atención de forma por demás alarmante. Owen no era comerciante. Era un empresario de ideas, un práctico que anhelaba realizar sus sueños socialistas sirviéndose del capitalismo; por ello su cuidado y pulcritud para convencer a los gobiernos, para interesar a los capitalistas en sus empeños.

Su forma de presentar los proyectos revelaba un alma sensible, observadora, profundamente observadora. Sabía qué frase poner o quitar. Sabía qué decir, cómo decirlo y ante quiénes decirlo...

Por ejemplo:

“El rico puede gozar de sus riquezas, ¿pero quién podrá garantizarle que mañana, por una mala operación en sus negocios no puede quedar en la miseria?”

O

“... Quitemos de la espalda del indio la carga que transporta.”

Alberto Owen repasaba en su mente una serie de acontecimientos que respondían más a imágenes oníricas que a esquemas cronológicos.

La figura de Robert Owen, su vida en la Colonia. Recordaba con meridiana claridad su primera visita a México, sus exploraciones en las costas mexicanas. También le pasaban por su mente los ferrocarriles que para él podrían ser símbolo de progreso y gancho indiscutible para vender sus ideas. El ferrocarril uniría países, ilusiones, gente. El ferrocarril traería el progreso, la civilización. Un ferrocarril para unir a dos vecinos tan cercanos y lejanos a la vez.

Ferrocarril, ciudad ideal, sueño, gente, gobierno, progreso, decretos, dificultades, viajes. Años, años de viajar. Años, años de convencer.

A fines de 1868, relata Valadés -Owen visitó por primera vez territorio mexicano, recorriendo una parte del Estado de Veracruz- en cuya región sur ya se había pensado, durante el gobierno del general Ignacio Comonfort, establecer colonias



agrícolas, y aunque encantado por la belleza de la tierra tropical, no inició trabajo alguno de colonización, no sólo por el temor a la insalubridad de la comarca, sino también por la incertidumbre política que reinaba en el país.

Pero insistiendo en sus propósitos, y teniendo noticias de que al pie de la Sierra Madre Occidental había extensas porciones de tierras fértiles, regadas por varios ríos, y, sobre todo, con un clima más benigno que el veracruzano, en 1872 emprendió nuevo viaje a México.

En esta vez entró al país por el Estado de Chihuahua, dispuesto á recorrer tanto la sierra como la costa occidentales, hasta encontrar el lugar más propio para establecer la ciudad soñada.

Llegó a un punto en los límites de Sonora, Sinaloa y Chihuahua -punto señalado por Owen como muy cercano a un famoso mineral, que probablemente era Chínipas-, y supo, por informes que le proporcionaron varios indígenas, que caminando hacia el Oeste, es decir, hacia la costa del Golfo de California, se encontraba Ohuira, que quiere decir lugar encantado.

Los informantes describieron a Ohuira como un inmenso lago, rodeado de altas montañas y cuyas aguas eran tan tranquilas y tan cristalinas que podían verse hasta su fondo. El clima de Ohuira -afirmaron- era delicioso y las tierras en sus cercanías tan fértiles, que todas las semillas que eran arrojadas en ellas, germinaban admirablemente.

El entusiasmo de Owen al obtener los informes sobre Ohuira no tuvo límites, y quiso que los indígenas que conocían el prodigioso lugar le acompañaran sirviéndole de guías.

Owen -sigue diciendo Valadés- se puso en camino a Ohuira, forjándose las más grandes y bellas ilusiones. La suerte le llevaba a un nuevo paraíso. Ohuira sería no una sencilla colonia socialista, sino la metrópoli socialista de Occidente.

Fue entonces cuando el aventurero pensó en la posibilidad de construir un ferrocarril transcontinental que, partiendo de Nueva York, terminase en Ohuira. La colonia se convertiría en una poderosa ciudad rival de San Francisco, California. Tendría -de ser exacta la descripción de los informantes- superioridad sobre el puerto californiano no sólo por la grandeza del lugar, sino también por su posición geográfica. Cientos de millas más al sur de San Francisco, lograría ser el centro comercial de Occidente en su tráfico marítimo con los países asiáticos y suramericanos.

Mientras que descendía de la Sierra Madre hacia la costa, Owen venía haciendo, mentalmente, el trazo del nuevo ferro-carril. Sus proyectos se ensanchaban; su deseo de llegar a la tierra de promisión era cada vez mayor.



...llegó a un punto en los límites de Sonora, Sinaloa y Chihuahua



Siguiendo las márgenes del río del Fuerte, habla Owen de extensos valles solitarios, cubiertos de plantas de las más raras especies, que mueren sin que nadie se preocupe por aprovecharlas; habla también de impresionantes cañadas, de poéticos arroyos, de elevadas montañas, poniendo en sus descripciones no poca fantasía.

Corrían los últimos días de septiembre de 1872 cuando Owen llegó a la ambicionada Ohuira.

Hizo el relato de su viaje de la Sierra Madre a la costa del Golfo de California a Derrill Hope, quien lo publicó en *The Social Gospel* (número correspondiente a febrero de 1901).

Las palabras de Owen, dadas a conocer por Hope, son las siguientes:

“Después de caminar todo el día (el 28 ó 29 de septiembre de 1872), caí rendido de fatiga.

Era cerca de la medianoche, cuando uno de mis guías me despertó. La Luna se elevaba sobre las montañas e iluminaba los campos grandiosos.

Hacia un poco de frío. Me envolví en un cobertor y me incorporé conmovido ante el espectáculo.

¡Qué vista! ¡Qué panorama! La espléndida luz de la Luna hacía descubrir a no muy lejana distancia un inmenso lago. ¡Ahí está Ohuira! -exclamé-. ¡Es un brazo de mar!

Si mañana, agregué mentalmente, puedo descubrir un canal, suficientemente profundo, que comunique al lago con el Golfo de California habré encontrado el lugar para edificar la gran metrópoli de Occidente.

Contemplé, lleno de emoción una vez más a Ohuira, y continué diciéndome:

Llegará el día en que por esas aguas, ahora solitarias e ignoradas, crucen los grandes barcos de todas las naciones del mundo; y que en esas llanuras que rodean al lago, puedan habitar miles de familias capaces de hacer una vida nueva y feliz. “

Durante varias semanas, Albert K. Owen exploró los contornos de Ohuira, pudiendo comprobar que, como lo había creído la noche del descubrimiento, no era Ohuira un lago, sino una bahía magnífica, cubierta a todos los vientos y azotada siempre por una deliciosa brisa.

Pero lo que más entusiasmó al aventurero, fue el haber encontrado un canal, por el que podían entrar a la futura metrópoli barcos de gran calado.

Recorriendo la costa, Owen visitó varios pueblos en los que supo que la bahía de Ohuira era también conocida con el nombre de Topolcampo. Nombre éste que agradó más al aventurero, y quien posiblemente lo hizo degenerar en Topolobampo; y de regreso en la bahía, según refirió a Hope, y sentado en la cima del Cerro de San Carlos, desde el cual podía admirar toda la magnitud del panorama, se dijo:

“No descansaré un minuto hasta que Topolobampo quede convertido en un poderoso centro comercial; hasta que las dos repúblicas de la América del Norte hayan aprovechado sus ventajas, Y quede convertida esta nueva ciudad en el lugar favorito para el intercambio de productos y para el fomento de la amistad entre los pueblos del mundo.”

Owen permaneció varias semanas más en Topolobampo. Levantó planos provisionales; diseñó los edificios que habrían de ser construidos; señaló los sitios para las escuelas, para las salas de conferencias, para las plazas públicas, para los comedores comunales, para los almacenes, para los muelles. Dibujo el tipo de la casa-habitación, que debería tener el mayor número de comodidades, y estar rodeada de hermosos jardines. Pensó en la división de las tierras de la comarca, que serían entregadas a los colonos para la explotación agrícola comunal.

Finalmente, y antes de abandonar el lugar de sus esperanzas, formuló las bases morales y económicas sobre las que había de sustentarse la nueva metrópoli -termina Valadés-.

Cargando planos, proyectos, ilusiones, Owen cruzó nuevamente la Sierra Madre llegando a la ciudad de Chihuahua para continuar, poco después, a Nueva York, donde iniciaría los trabajos formales para la fundación de la nueva metrópoli.

De pronto, la realidad materializada:

Sus ojos no descansaban de leer y releer aquel oficio autorizado por el presidente de México por conducto de la Secretaría de Fomento fechada el 13 de junio de 1881 y ratificado por decreto de 5 de diciembre de 1882. El presidente Manuel González lo signaba, aunque otro personaje proyectaba su sombra en este hecho, ampliando aún más los alcances de tan significativo documento.

Con González, la Colonia Socialista se llamaría Ciudad González

Con otro presidente de México, quien ampliaría la concesión, tendría el nombre de Ciudad de La Paz.

El oficio citado autorizaba la construcción de un ferrocarril de Topolobampo a Presidio del Río Grande así como la erección de una ciudad.

La primera Metrópoli Socialista de Occidente.

¡Una colonia socialista en México y autorizada por decreto!

La concesión ratificada por decreto señalaba:

“... Para construir y explotar, dentro de noventa y nueve años”, el ferrocarril de Topolobampo a Presidio del Río Grande, con ramales a Mazatlán y a Álamos; la cesión de “los terrenos de propiedad nacional que ocuparen la línea principal y ramales ya mencionados, y los terrenos necesarios para muelles, escolleras, estaciones o depósitos de agua para las máquinas y demás accesorios indispensables



del camino y sus dependencias”, y el permiso para “erigir una ciudad en la bahía de Topolobampo y en terrenos de su propiedad que ya posee, que se denominará Ciudad González, conforme al plano formado por el ingeniero de la misma Compañía, Mr. A. K. Owen, cuyo plano queda depositado en la Secretaría de Fomento, y el gobierno, por su parte, para impulsar el establecimiento Y desarrollo de la ciudad, cede a la Compañía los terrenos, islotes, rocas y playas en la expresada bahía de Topolombapo, con la condición de que se utilicen para siempre en beneficio y embellecimiento de la ciudad, en parques, muelles, avenidas, calles y edificios públicos.

En los últimos días de 1885, Owen había ya logrado colocar una buena cantidad de bonos, principalmente entre emigrantes ingleses; pero considerando que por lo menos necesitaría un millón de dólares para llevar a cabo sus proyectos, inició una nueva y activa propaganda en favor de la colonia y de la construcción del ferrocarril.

Escribió entonces un libro, “*The Problem of the Hour*”, en el que resumía sus pensamientos. Colaboró en periódicos liberales, socialistas y anarquistas, editados en los Estados Unidos; emprendió giras por las más importantes ciudades norteamericanas y dio una serie de conferencias en Nueva York. Luchaba con el optimismo que siempre le animó, dando todo el calor de su imaginación a sus proyectos, a pesar de que las noticias que había recibido de México no eran nada agradables.

En efecto, el gobierno mexicano encabezado a la sazón por el general Porfirio Díaz, había hecho saber al colonizador que las concesiones otorgadas por el anterior presidente, no eran definitivas. Esto no fue obstáculo para que Owen retrocediera, y afirmando que su proyecto no haría más que llevar la prosperidad a la costa occidental de México, hizo una nueva solicitud para que se le confirmasen las concesiones.

El ministerio de Fomento no encontró impedimento legal que oponer a los proyectos de Owen y a mediados de 1886 comunicaba a éste que quedaban confirmadas las concesiones. Estas fueron ya específicas, y consistían en una dotación de trescientos mil acres de tierra en las cercanías de Topolobampo destinadas para trabajos agrícolas, y en un permiso para el disfrute de diez millones de acres que deberían ser aprovechados para tender la vía férrea que, partiendo de un punto de la frontera de Coahuila con Texas, terminase en el puerto de Topolobampo.

El proyecto de Owen consistía en lo siguiente:



...El gobierno mexicano encabezado a la sazón por el General Porfirio Díaz.



- 1.-Se poblaría con colonos sin distinción de sexo, edad o nacionalidad.
- 2.-Se comprometían a trabajar y vivir comunalmente.
- 3.- Tener espíritu de ayuda mutua.
- 4.-Adquirir bonos cooperativos cuyo producto sería invertido en instrumentos de labranza y construcción de edificios destinados para viviendas y escuelas.
- 5.-Quedarían excluidos los holgazanes.
- 6.- Todos los colonos estaban obligados a ejercer funciones de administración u otros que les señalara el Consejo de Administración de acuerdo con las facultades y necesidades de cada quién.
- 7.- Tendría las mismas dimensiones de Nueva York.
- 8.- Una tercera parte de la ciudad sería destinada a jardines, boulevares y plazas públicas.
- 9.- Para todos los pobladores, la tierra, al igual que todos los recursos de la naturaleza serían considerados como una donación de Dios.
- 10.- Todas las propiedades y poderes creados por el pueblo serían estimados como patrimonio de la comunidad; el individuo sólo tendría derecho al producto de su trabajo.
- 11.-El dinero sólo sería un símbolo.
- 12.-La religión sería un aspecto privado, problema para ser resuelto únicamente entre el individuo y Dios y ante el cual el Estado y la sociedad serían ajenos.
- 13.- Tierras, viviendas, bibliotecas, salas de conferencias, pertenecerían a la comunidad, nadie podría poseerlas en derecho privado.

La producción era lo único que podía ser considerado como propiedad privada; pero con la taxativa de que todos los productos obtenidos en las tierras de la comunidad, deberían ser vendidas por medio del *Credit Foncier of Sinaloa*.

Los beneficios o ganancias individuales, sin embargo, no podían ser conservados por el productor; ni podían ser subarrendadas las tierras.

Las fábricas, los teatros, los almacenes de ropa, los expendios de artículos de primera necesidad, en fin, todo lo que pudiese ser considerado como público, debería ser administrado colectivamente.

Dentro de los límites de la nueva ciudad, no sería permitido el establecimiento de sociedad o empresa alguna que se dedicase a explotar el trabajo manual o el esfuerzo del prójimo.

Las grandes salas de conferencias podrían ser utilizadas por los predicadores de todas las doctrinas sociales, sin que la administración citadina diese preferencia a los representantes de determinada secta o grupo.

Todos los servicios que realizaran tanto los hombres como las mujeres, serían retribuidos con bonos de trabajo o con crédito, expedidos por la administración de la colonia.

El departamento bancario, adscrito a los servicios municipales (servicios limitados a la higiene y salubridad públicas), recibiría los bonos de trabajo como la moneda común y corriente de la colonia. Así todas las transacciones comerciales o industriales dentro de la colonia, serían llevadas a cabo únicamente por ese departamento.

En sus problemas internos, la colonia estaría regida por diez departamentos administrativos. El primero tendría a su cargo las escuelas, el segundo, las calles y jardines; el tercero los restaurantes y comedores comunales; el cuarto, los mercados y comercios en general; el quinto, los teatros y salas de conferencias; el sexto, la agricultura; el séptimo, los muelles y almacenes del puerto; el octavo, el orden económico interior; el noveno el orden económico exterior y el décimo, las relaciones entre la colonia y el gobierno mexicano.

Los encargados de todos y cada uno de los diez departamentos, constituían el consejo de directores de la colonia.

Los directores serían designados por las asambleas populares, y serían removidos de sus cargos cuantas veces fuesen necesarias para el buen orden y entendimiento de la colonia.

Ese era el proyecto. ¿Qué ocurrió en la realidad fáctica?

Se construyó un edificio para hospital, otro para la escuela y otro más para el comedor comunal. Se pusieron a trabajar todos, incluyendo los niños de 12 años en adelante. Pero escaseó el agua; las plantaciones tardaban en dar fruto; los víveres se agotaban; no llegaban fondos de Nueva York; se remueve el consejo de la comunidad; chismes, intrigas, angustias, amargas, paludismo.

Nervioso, agotado, desilusionado Albert Owen abandonó la sede del clímax de sus sueños. La primera colonia socialista de Occidente se había derrumbado



en corto tiempo, no sin antes de ser atacado en los Estados Unidos su creador ¡de capitalista!

París, julio 2 de 1915. Casa marcada con el número 28 de la calle del Bosque.

“... Mi madre me espera, Oaxaca, La Noria...”

Alrededor de las tres de la tarde perdió el conocimiento; Carmelita su esposa le acariciaba la cabeza. A las 6.30 expiró y pocos minutos después llegaron a su residencia personas distinguidas de la sociedad francesa, diplomáticos, militares y hombres de letras y entre ellos figuró el general Mox, que fue el que colocó en sus manos la espada de Napoleón cuando el general Díaz visitó los inválidos. Mexicanos llegaron de Londres, España e Italia para asistir a los funerales. En Saint Honore l'Eylan se celebraron honras fúnebres, depositándose el cadáver durante un año y medio hasta que se le trasladó al cementerio de Montparnasse. El sepulcro no era más que una pequeña capilla en cuyo interior, sobre una losa, reposa una águila mexicana y abajo de ella, sólo el nombre de Porfirio Díaz.

§ § §

“... No conozca hecho alguno imputable a mí que motivare este fenómeno social...”

“Espero, señores diputados que calmadas las pasiones que acompañan a toda revolución...”

(fragmentos de la renuncia de Porfirio Díaz. México, mayo 25 de 1911).

Pero, Porfirio Díaz, ¿no es una muy buena persona?

Obras consultadas

MONDRAGÓN, Magdalena, *Los presidentes dan risa*, México, 1948.

HEREDIA ALVAREZ, Ricardo, *Anécdotas Presidenciales de México*, México, Editorial Época, S.A, 1974.

KENNETH Turner, John, *México Bárbaro*, México, Ediciones INJM, 1964.

Porfirio Díaz. *Ensayo de Psicología Histórica México*, México, Editora Nacional, 1973.

BRENNER, Anita, *El Viento que Barrió a México*, México, Edición del Gobierno del Edo. de Aguascalientes, 1975.

México en Testimonios, México, Departamento Editorial-Secretaría de la Presidencia, 1976.

AMOROSO, Henri, *Los siete pecados capitales*, París, Editorial Grijalbo, 1965.

PEARSON, Hesketh, *Vida de Oscar Wilde*, Biblioteca Nueva Madrid, 1948.

Madame Calderón de la Barca, *La Vida en México*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1959.

MORTON, A. L., *Vida e Ideas de Robert Owen*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva.

DÍAZ y Díaz, Ferándo, *Santa Anna y Juan Alvarez, frente a frente*, México, Sep/ Setentas, 1972.

FUENTES Mares, José, *Las Memorias de Blas Pavón*, México, Editorial JUS, 1966.

ROBLES, Vito Alessio, *El Pensamiento del Padre Mier*, México, Colección Metropolitana, 1974.

OBREGÓN, Luis González, *México Viejo y Anecdótico*, Colección Austral, 1966.

DE VALLE Arizpe, Artemio, *Fray Servando*, Buenos Aires, Colección Austral, 1951.

DE VALLE Arizpe, Artemio, *Virreyes y Virreinas de la Nueva España*, México, Editorial JUS, 1947.

Revista Mexicana de Derecho Penal, Organo de la Procuraduría General de Justicia del Distrito y Territorios Federales. Marzo-Abril, 1970.

GIDE, Carlos y Carlos Rist, *Historia de las Doctrinas Económicas*, Madrid, Instituto Editorial Reus.

L. C. Viada y Lluch, *Libro de Oro de la Vida*, México, Editorial Nacional, 1967.

MAYER, Brantz, *México, lo que fue y lo que es*, México, Biblioteca Americana, 1953.

KISCH, Egon Erwin, *Descubrimiento en México*, México, Editorial Grijalbo, S.A., 1959.

Diccionario de Pensamientos, Máximas y Sentencias, México, Editorial Olimpo, 1963.

BIERCE, Ambrose, *Diccionario del Diablo*, Buenos Aires, Jorge Alvarez Editor, 1965.

CAVERA Combarros, Policarpo, *Rango Psicológico del Gobernante*, México, Cía. General de Ediciones, S.A., 1960.

BAUDI, Leon, *Prontuario de Citas Célebres*, Barcelona, Ediciones Zeus, 1964.

Refranero Clásico Español. Antología. Temas de España. Ediciones Taurus, S.A., 1970.

Citas y Refranes Célebres, Barcelona, Editorial Bruguera, S.A., 1969.

Diccionario de Frases Célebres, México, Editorial Olimpo, 1961.

PUMAREGA, Manuel, *Frases Célebres de Hombres Célebres*, México, Cía. General de Ediciones, S.A., 1944.

VALADÉS, José C., *Topolombapo, la Metrópoli Socialista de Occidente*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.

VIGIL y R., Guillermo, *Memorias del General Porfirio Díaz*, El Universal.

SIEVEKING, Heinrich, *Historia de la Economía*, México, Editora Nacional, 1960.

FEHER, Eduardo Luis, *Humor Blanco de un poeta Negro*, México, Editorial P.E.S.A., 1976.

DESANTI, Dominique, *Los socialistas utópicos*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1973.

GURVITCH, Georges, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1970.

Don Porfirio socialista?, editado por la Facultad de Derecho, se terminó de imprimir el 2 de agosto de 2010 en los talleres de CREATIVA IMPRESORES S.A. de C.V. calle 12, número 101, local 1, colonia José López Portillo, Iztapalapa, 09920, México, D.F. Tel. 5703-2241. En su composición se utilizaron tipos Times News Roman (24/28, 11/13, 14/16, 12/14, 10/12 ptos.), Arial (30/36, 12/14 ptos.) y Constantia (13/15). Tipo de impresión offset, las medidas 17 x 23 cm. Los interiores se imprimieron en papel cultural de 90 grs. y los forros en cartulina couché de 200 grs. La edición estuvo al cuidado del Lic. Alberto J. Montero. La edición consta de 1000 ejemplares.